

Revista Aragonesa de Teología

Año XIX - Nº39 - 2014

Enero-Junio



REVISTA ARAGONESA DE TEOLOGÍA

**CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2014**

EDITA
C.R.E.T.A.
Centro Regional de
Estudios Teológicos de Aragón

DIRECCIÓN
José Alegre Aragües

COMITÉ DE REDACCIÓN
Ernesto Brotons
José Ignacio Blanco
Luis M^a Torra
José M^a Andreu Celma

ADMINISTRACIÓN
C.R.E.T.A.
Ronda Hispanidad 10
50009 Zaragoza
Tel.: 976 467 378

SUSCRIPCIONES
Secretaría del CRETA

IMPRESIÓN
Huella Digital
Pol. Ind. El Portazgo, nave 62 A
Ctra. Logroño km 3,7
50011 Zaragoza
ISSN: 1135-0447
Depósito Legal: Z-169-95

ÍNDICE

7

Editorial

9

Human Enhancement y auto-trascendencia humana

Gennaro Auletta

21

La Parroquia en el misterio de cómo Dios uno y trino ama el mundo

Ernesto J. Brotóns Tena

59

En torno al perdón

José M^a Andreu

71

La personalización de la fe

M. Pilar Mollat, M. Ángeles Leal, Manuel Vela, Lola Ros,
Santiago Alonso y J. Ignacio Blanco

83

El instinto teológico de la musica

Antonio Torres Rausá

Aviso a nuestros lectores:

Dé a conocer nuestra revista.

Suscríbase y domicilie su suscripción.

Envíenos los datos de su entidad bancaria junto con el número de su cuenta. Recuerde que deben ser veinte los dígitos que constituyen el conjunto de los datos bancarios. Le agradecemos que así lo haga por la facilidad que significa para nosotros el cobro de la suscripción anual.

Nuestra dirección es:

CRETA

Ronda Hispanidad 10

50009 Zaragoza

EDITORIAL

Una felicitación para el Papa Francisco, desde la sencillez de nuestra revista, por esa distinción periodística que le reconoce como “hombre del Año 2014” al haber dado a la Iglesia, y con ella al Evangelio, una imagen distinta que le ha ganado tantas portadas y presencias en los medios de comunicación.

Las imágenes, salvo excepciones, además del impacto inicial que provoca sentimientos, tienen una segunda parte en la que nos detenemos a tratar de interpretarlas desde nuestra posición, sensibilidad, simpatía o intereses. Y ahí es donde vemos las diferencias de aceptación que nuestro Papa actual suscita.

A la inmensa mayoría de lo que llamamos pueblo, creyente y no creyente, su figura, con su sonrisa, sus gestos, sus renunciaciones, su llaneza y claridad, además de su preocupación, constante y no fingida, por los más débiles, despierta empatía y adhesión, que expresan un sentimiento de satisfacción cumplida porque representa la anhelada y esperada puesta al día de una Iglesia que hablaba mucho de su renovación y no terminaba de poner fin a sus miedos y recelos con la cultura moderna, lanzada a nuevos aires pero siempre reflejo de las muchas soledades, necesidades y problemas hondos del ser humano.

El ser humano postmoderno que renuncia a muchas referencias del pasado y tira por la borda muchos elementos insignificantes para él, pero que un día descubre que ha tirado también lo valioso y necesario y lamenta el daño irreparable que se ha hecho. Ya se insinúa el error de haber tirado a Dios con otros elementos que se tomaban ridículos. Ya comienza a brotar la sed por una espiritualidad redescubierta. Ya se inician algunos procesos de revisión ante la desorientación cultural.

La figura cercana de este Papa desautoriza un sentido lejano y solemne de una pastoral distante y forzada. Con él muchos reclaman una presentación del mensaje de Jesús clara y sincera en su cercanía y acogida. Pendiente de los alejados y excluidos a los que la Iglesia tendrá que mirar con otras gafas distintas de las que proceden de la ortodoxia moral. Divorciados, gays, proabortistas, reclaman un criterio pastoral distinto en el que hay que reflexionar muy seriamente para que el resultado no sea la exclusión de personas, en muchos casos sin-

ceramente creyentes y a quienes se les está recordando continuamente su motivo de rechazo.

La claridad del mensaje ideal que se propone como objetivo no puede empañar la claridad de un Jesús que fue escandalosamente acogedor igual con la Samaritana que con Zaqueo, con el hijo pródigo y con Pedro. ¿O acaso el comportamiento moral, sea cual sea el tema que se maneje, es excluyente? ¿Y sólo lo es en algunos temas que nosotros tenemos como más sensibles culturalmente? El perdón no es un privilegio que la Iglesia pueda administrar con sentido cultural, sino una tremenda responsabilidad que le ha sido encomendada para hacerlo presente a todos los hombres por quienes murió Cristo. La comunidad formada por pecadores agradecidos no puede permitir signos que den pie a ser entendidos como exclusión de algunos que no son más pecadores que el resto. La moral es una invitación a la construcción personal, no un muro de separación entre “buenos” y “malos”. Es una propuesta exigente pero no excluyente.

Queda otra cuestión de pastoral cultural con efectos masivos en la religiosidad de niños y jóvenes. Es la relación con la Ciencia y el exceso de responsabilidad moral sobre sus posibles efectos y consecuencias. Eso nos hace ofrecer una imagen de recelo y desconfianza ante ella en un mundo en que hay una auténtica idolatría por su capacidad de saber y poder. Damos la impresión de estar celosos de la nueva novia, más seductora, y temerosos de sus logros, con lo cual despertamos los ecos de tiempos pasados y peores.

A nivel pastoral hay una enorme distancia entre los agentes de pastoral y los debates científicos. El encuentro con ella despierta muchos interrogantes de interpretación bíblica y, por eso mismo, mucho interés en descubrir las fuentes originales de nuestra fe con los criterios necesarios de su interpretación que evitan la confusión con otros movimientos religiosos fundamentalistas.

Formación bíblica y diálogo con la cultura, en sus diversas facetas, es un encargo eclesial pero es, sobre todo, una necesidad urgente de la pre-evangelización que permita romper prejuicios y tender puentes. Todo con el estilo sencillo y directo que el Papa Francisco imprime a su presencia y su acción. Que el aire de Francisco nos contagie su gripe y su sensibilidad.

HUMAN ENHANCEMENT Y AUTO-TRASCENDENCIA HUMANA

Rev. Aragón. Teol. 39 (2014)

GENNARO AULETTA¹

Desde hace tiempo las ciencias naturales y las denominadas disciplinas humanísticas provocan una cierta sensación de frustración. Ciertamente, su destino parece ser muy diverso, pues mientras las primeras dominan completamente nuestra cultura (sobre todo a través de sus aplicaciones tecnológicas) y a pesar del problema de su creciente incomprensibilidad, las segundas (con excepción de la economía) parecen dirigirse a su declive o, quizás, a una creciente irrelevancia debido a su uso de un lenguaje solo para iniciados, lejano a la problemática de las personas de cultura media y de información general. De hecho, frente a las grandes cuestiones que están a la vista de todos, desde problemas de derecho internacional y convivencia entre los pueblos hasta el impacto de la nueva tecnología en nuestras sociedades, hay que hacer un gran esfuerzo para encontrar a un filósofo o un teólogo que, entrevistado en la televisión, sepa decir algo que impresione y conmueva al público.

Y, sin embargo, desde otra perspectiva, las dos “culturas” (Snow 1959), aparte de su incomunicación, tienen hoy mucho más en común de cuanto parece o están dispuestos a admitir sus adeptos. Por desgracia no comparten lo mejor. De hecho la ciencia aparece cada vez más centrada en sus aplicaciones y más distante de las grandes cuestiones que se dejan a los divulgadores o a los despistados metafísicos. Todo se convierte en utilidad, instrumento e interés. De hecho la ciencia mueve, cada vez más, grandes recursos económicos y se encuentra integrada con intereses industriales, militares y políticos. Las ciencias humanas, por su parte, han caído en la hermenéutica por la hermenéutica: todo parece un problema de interpretación, todo parece subjetivo y, al final, ya que ni siquiera tiene sentido hablar de un texto que hay que interpretar, aparece de nuevo el interés, que ahora cambia de sentido y se convierte en “político”. Lo que termina per-

1 Pontificia Università Gregoriana, Roma – Italia.

diéndose, en ambos casos, es la búsqueda de la verdad, el sentido profundo de las grandes cuestiones que constituyen el interés de todos, preguntas como: ¿por qué ha surgido todo? ¿Qué es el ser humano y hacia dónde va? Alguien podría decir que las ciencias (naturales y humanas) son disciplinas especializadas y no pueden plantearse las mismas preguntas que el hombre de la calle. Es cierto. ¿Pero pueden ser totalmente indiferentes? De hecho, hasta la primera mitad del siglo pasado, casi todos los científicos, filósofos y teólogos, se las planteaban muy seriamente. Entre los muchos ejemplos podríamos recordar los grandes debates de los más grandes físicos del siglo XX sobre la interpretación de la mecánica cuántica, en los que conceptos (por cierto, de origen metafísico) como realidad, causalidad, separabilidad han tenido una función de primer plano (Einstein et al. 1935; Bohr 1935a-b; Schrödinger 1935; ver también Auletta 2007).

¿Qué ha ocurrido desde entonces para que científicos, filósofos y teólogos hayan abandonado este caminar juntos? ¿De dónde arranca el problema? ¿Y cuáles son sus consecuencias? Ya he introducido una fecha orientadora: la mitad del siglo pasado. Es entonces cuando comienza una de las mayores revoluciones conceptuales y tecnológicas de la historia, con un gran impacto social que, todavía, permanece y que, incluso, se acelera: el nacimiento y la afirmación de la teoría de la información. (Shannon 1948) y de las denominadas teorías del control, la llamada cibernética (Wiener 1948; Ashby 1952; 1956). El ser humano, por primera vez en su historia cultural, pasa de considerar el mundo en términos materiales a la consideración del mismo como un gran intercambio y control de información (ver Auletta 2011a-b; 2013a). Esto es cierto hasta el punto de que la mayor teoría física jamás concebida por el hombre, la mecánica cuántica, es, cada vez más, una teoría de la información cuántica (D'Ariano 2012; Zwolak y Zurek 2013). Pero también la economía pasa cada vez más de la producción e intercambio de bienes materiales a la producción e intercambio de información. La sociedad se basa, de forma creciente, en la información y hasta el espionaje o las guerras se convierten en espionaje de datos y guerras de información. Esta gran revolución científica y cultural nos permite entender las raíces del relativismo contemporáneo tanto en lo que afecta a las ciencias naturales como a las disciplinas humanísticas. Y aunque no hay nada en tal cambio cultural (o en la problemática científica) que implique por sí mismo el relativismo, el hecho de

desviar el peso de la materialidad, que ha acompañado a la evolución humana durante centenares de miles de años (de hecho el hombre ha comenzado con la producción de instrumentos materiales) a la inmaterialidad y al intercambio, ha tenido este efecto colateral, al menos de forma contingente. Como tendré ocasión de argumentar más adelante, tal cambio está determinando un auténtico cambio antropológico.

Pero hay otra transformación no menos importante que la anterior y quizás de más consecuencias, aunque se haya dado con un cierto retraso respecto a ella. En el ámbito de las ciencias naturales se afirman cada vez más la biología y la neurología, lo que determina un nuevo desplazamiento progresivo de las ciencias hacia el hombre. Éste que, según muchos, había sido desplazado del centro del universo con la revolución copernicana, retorna ahora, extrañamente, al centro, al menos al de la ciencia. Es un extraño destino el de la antropología. En el fondo, todos los grandes ámbitos del saber aspiran, legítimamente, a decir algo sobre el ser humano (Auletta 2011c, cap. 5). Existe una antropología científica (más bien muchas, dado que hay muchas disciplinas científicas que se ocupan de él), pero también hay una antropología filosófica y otra teológica, para las que también vale lo dicho sobre las antropologías científicas. Sin embargo, lo realmente singular es que estos tres ámbitos del saber, en lugar de colaborar o integrarse o complementarse entre sí, acaban luchando por un control indiscutido sobre el hombre, no solo de tipo conceptual, de manera que resulta literalmente roto.

Sin embargo, y a pesar de las connotaciones políticas y las luchas de poder (al menos académico), el renovado interés de hoy por el ser humano es auténtico. Baste pensar que las más prestigiosas revistas científicas del mundo (Nature, Science, PNAS, etc.) dedican espacios crecientes al problema de la evolución humana y revisan antiguos dogmas científicos redescubriendo lo que era más obvio para filósofos y teólogos: que el *homo sapiens* no habría podido prevalecer sin la cultura, y ésta no habría podido dar pasos fuertes sin el altruismo y una cierta tendencia a la cohesión social que mira más allá del puro interés personal (Fehr y Fischbacher 2003; Fowler et al. 2005; Enquist et al. 2007; Laland et al. 2010; Thornton and Clutton-Brock 2011). Ha sido un proceso muy largo el que ha hecho posible superar algunos

esquemas neo-darwinistas fosilizados y dirigirlos hacia una visión de la evolución humana más compleja y más sensible a los datos.

Pero la manifestación mayor y más impactante de este fenómeno es la que representa el llamado *human enhancement*: el conjunto de ciencia y tecnología dirigido a prolongar la vida humana, a regenerar sus tejidos y órganos, a potenciar sus capacidades físicas, neuronales, químicas y mentales (véase el documento europeo <http://www.etas.fzk.de/deu/lit/2009/coua09a.pdf>). Es una cosa que asombra. Sentimos que el científico se convierte en una especie de Dr. Jekyll o Frankenstein y el ser humano en su grotesca metamorfosis o creación. El delirio de omnipotencia que ha caracterizado a la humanidad desde la época de los totalitarismos, hace casi un siglo hasta hoy, parece alcanzar aquí su punto álgido. Sin embargo, el filósofo y el teólogo deben reflexionar con la mente fría y, sobre todo, deben mostrarse capaces de prever y acompañar las grandes corrientes de fondo y no dejarse absorber completamente por los cambios momentáneos de la historia o por las consecuencias anecdóticas que nos parecen derivarse de ahí.

Este proceso es especialmente positivo porque pone al hombre en el centro de la ciencia (y del conocimiento en general), por primera vez desde hace cinco siglos, como ya he señalado. Además la prolongación de la vida humana, preservando la capacidad física y química de las personas es algo fundamental para el futuro de la humanidad. La supremacía evolutiva del *Sapiens* sobre el *Neandertal* no la representaba un cerebro mayor (el *Neandertal* lo tenía más grande, si bien su conformación era diversa: véase Tattersall 2009) sino el hecho de que nuestros antepasados practicaban la división del trabajo y, a la caza de los grandes mamíferos, iban solo los machos jóvenes, mientras las personas ancianas (y las mujeres) se ocupaban de los niños, lo que permitió a nuestra especie un prolongado desarrollo intelectual y la transmisión de la experiencia de las generaciones precedentes en condiciones de protección social (Rossano 2010). Por desgracia la era de la industrialización ha privado a los mayores de ese servicio social, tan útil, para las generaciones jóvenes, porque el trabajador ha sido explotado hasta el límite de su vida hábil para dejarlo, después, abandonado en una situación de decadencia que rápidamente lo llevaba a la muerte. Por suerte, al menos en los países más desarrollados, las conquistas sociales y sindicales han hecho posible la superación de

una época oscura cuando la persona sobrevivía muy poco tiempo a su jubilación; ahora, en cambio, la expectativa de vida se ha alargado, aunque no todavía lo suficiente, y en las mejores condiciones de salud mental y física. La consecuencia de este progreso es que muchas personas ancianas pasan su tiempo haciendo turismo o son retiradas en los lugares de reclusión, eufemísticamente llamados residencias o casas de salud (al menos buena parte de ellas). En cualquier caso, la sociedad no tiene previsto para ellas ninguna función social. Son como supervivientes de sí mismos, y quienes, como los autónomos, profesionales e intelectuales, pueden prolongar su actividad más allá de la edad de jubilación, son, con frecuencia, la envidia de sus coetáneos. Da la impresión que la sociedad haya perdido la memoria de épocas pasadas. Sin embargo, el mundo cambia y los nuevos países emergentes como China, India, Brasil o Méjico, inevitablemente, erosionan algunas conquistas sociales de los países más avanzados, con el consecuente riesgo de una fragmentación social. En una sociedad de movilidad creciente en la que las formas de trabajo se renuevan continuamente y donde los puntos de referencia son precarios, se necesitan personas que se encarguen de los jóvenes, que tengan la paciencia de estar detrás de ellos acompañándolos en los cambios y transmitiéndoles un poco de sabiduría o al menos de serenidad para asumirlos, y estos no pueden ser sino los ancianos. Ayuda a que se sientan más personas. Por eso, prolongar la edad promedio de vida en buenas condiciones de salud es una conquista de bienestar para toda la sociedad en la actual situación de competitividad despiadada y de gran incertidumbre sobre el futuro. Sería posible pensar en una forma de contrato social por el que estos “ancianos jóvenes” compensasen los gastos que originan a la sociedad en la prolongación de su vida en las mejores condiciones, con su colaboración voluntaria en la asistencia y consejo a los jóvenes.

Pero, sobre todo, promover al hombre significa invertir en el único recurso inagotable del planeta. Todos los demás se agotarán antes o después, y ya lo estamos viendo. Si bien la promoción humana es muy compleja y exige mucha precaución. Es verdad que alargar la vida en buenas condiciones de salud ya es potenciarla, y, por lo tanto, nuestros esfuerzos actuales podrían dirigirse en esta dirección contando con la medicina regenerativa. Sería una forma más gradual y, por eso mismo, socialmente menos traumática de ir dando pasos sin recurrir a tecnologías más invasivas, como la instalación de microchips. Aunque que-

da el eterno problema de los intereses económicos y de la invasión tecnológica que pueden presionar, tarde o temprano, en direcciones más peligrosas. Son los problemas con los que hay que contar seriamente, especialmente si se pretende imprimir una orientación algo distinta a tales desarrollos. Pero, como ya he hecho referencia, promover al ser humano es una cuestión que va mucho más allá de las contingencias políticas y económicas (por lo tanto también de los intereses puntuales) y significa, a largo plazo, desplazar el problema de los recursos y de los medios desde el exterior al interior, del ambiente (incluido el cultural) al hombre. Es una especie de inversión respecto a la evolución humana precedente que se caracterizaba por el empleo de recursos externos (instrumentos de distinto tipo) para sustituir y dar soporte al esfuerzo físico e intelectual del ser humano. En una palabra, el cambio actual consiste en esto: lo que hoy hacemos con la tecnología, mañana lo podremos hacer, por ejemplo, controlando nuestra ondas cerebrales, como ya ocurre con algunos pacientes que sufren parálisis completa o con los simios que han sido adiestrados para controlar artilugios mecánicos a distancia gracias a la emisión de ondas cerebrales (Mussa-Ivaldi 2000; Wessberg et al. 2000). Un auténtico caso de “Actions from Thoughts”, como relata el título de un conocido artículo (Nicolesis 2001). Es cierto que hoy hacemos ya esas cosas con la ayuda de la tecnología, pero es previsible un futuro próximo en que seremos capaces de controlar los mismos procesos directamente. Esta posibilidad tiene que ver, en cualquier caso, con el control, por parte de la humanidad, de los diminutos procesos biomoleculares que acontecen en el propio cuerpo y en el propio cerebro, algo que hoy es, cada día más, posible (Craddock et al. 2012). No es casual que recientes experimentos muestren la posibilidad de que alguien envíe una señal cerebral a distancia al cerebro de otro conectado vía web determinando un movimiento de una articulación (<http://www.washington.edu/news/2013/08/27/researcher-controls-colleagues-motions-in-1st-human-brain-to-brain-interface/>) o que sea posible alterar la memoria implantando “recuerdos” de experiencias que, en realidad, nunca han ocurrido (Bieszczad et al. 2013). Está claro que estas experiencias despiertan inquietud y suscitan más de una duda. Pero lo que está en juego es la capacidad de controlarse a sí mismo el ser humano, un problema que, en el fondo, es muy antiguo. Tampoco escapa la importancia filosófica y teológica, dado que no existe conducta ética o religiosa que no se base en el

autocontrol. Si bien, cuando hablamos de control, hay que entender que la noción misma de control implica un proceso top-down porque requiere una cierta independencia del sistema de control respecto de las señales del sistema controlado. Naturalmente tales señales deben ser monitorizadas, pero los “criterios” con los que opera el controlador deben ser independientes de lo que ocurre en el sistema objeto (Auletta 2012; para evidencias más específicas ver: Gilbert & Li 2013; Auletta et al. 2013). Esto ayuda a entender dónde está la conexión con la cuestión de la información tratada anteriormente: Los estudios sobre la promoción humana se sirven de (y sacan conclusiones desde) la teoría de la información precisamente porque el ser humano no puede ejercer un control sobre sí mismo sino por la capacidad de gestionar o controlar información, y esto remite al control mental. Es por esto que la cuestión es relevante para la filosofía y la teología. No es casual que el sustrato científico del Human Enhancement se denomine NBIC (nanotecnología, biología, información, conocimiento), un conglomerado de ciencias y técnicas para la promoción del hombre.

Naturalmente, cuando se habla de control hay que prestar atención a que los controles se gestionen de modo autónomo y no heterónomo. En otras palabras, es la persona la que debe ejercer un mayor control sobre sí misma y tener acceso a más informaciones de interés público con las que ser plenamente consciente de lo que (le) ocurre y no, por el contrario, que sean otros organismos (de tipo político, militar o comercial) quienes ejerzan el control de las personas. Acontecimientos conocidos en estos últimos meses sobre abusos de información de distintas fuentes y de diversos aspectos han puesto este tema en el punto de mira y atención de todos. Está claro que es éste un punto de notable valor y significado con gran repercusión en las formas de organización social del futuro.

Hay otro aspecto que me gustaría señalar. Como he indicado, decir información o decir conocimiento, significa tocar una dimensión que todos consideramos inmaterial o mental, si no espiritual. Es decir, tengo confianza en que los progresos materiales, tecnológicos, físicos, neurológicos y cognitivos que la humanidad hará serán (o se manifestarán), en último caso, también como progresos espirituales. La historia de la evolución humana lo demuestra (Auletta 2013b). Si el hombre no hubiera inventado el lenguaje no existiría la filosofía o la

teología, y sin embargo, en su origen, nuestro sistema de comunicación tenía un valor fundamentalmente práctico-social. Por eso invito a filósofos y teólogos a mirar lejos. En el fondo, la característica más común a todos los seres humanos de cualquier grupo social, nación, sexo o edad es el anhelo de llegar a ser mejores, progresar, crecer. Este deseo se expresa, sin duda, en cosas que podemos considerar de bajo nivel, como la aspiración a ganar más (cosa que dentro de ciertos límites es totalmente legítima), pero que se expresa, generalmente, como un empuje hacia la autoelevación, a crecer. En el fondo, incluso el que se enriquece quiere llegar a ser más refinado, entender mejor las cosas, etc. El hombre es un animal que vive en la auto-trascendencia (Rahner 1976) desde que existe. Porque, en efecto, la humana es la única especie no fijada biológicamente sino en continua evolución: a lo largo de 6 millones y medio de años (desde que nos hemos separado de los demás primates) no hemos dejado de evolucionar y no solo desde un punto de vista cultural o ambiental sino también biológico. Algunos estudios antropológicos muestran que las modificaciones genéticas han aumentado y no han disminuido desde que existe la cultura, o sea, al menos desde hace 40.000 años (Hawks et al. 2007).

De ahí que esta autotrascendencia pueda insertarse tanto en un contexto filosófico como teológico (véase Auletta 2011c, Cap 5). Aquí me limito a acentuar alguna perspectiva dejando a los teólogos especialistas el desarrollo de esta problemática. En la perspectiva del Reino de Dios o de la Nueva Creación, el hombre es invitado a prepararse de la mejor manera (Wright 2007). Ninguno de nosotros puede pre-determinar el momento en que esto sucederá pero, ciertamente, tal acontecimiento no podrá darse sin que el hombre esté suficientemente preparado, en cuerpo y mente, dado que será todo el ser humano en todas sus dimensiones el que resurgirá. Por eso, la promoción física del hombre es importante también y no puede quedar completamente separada de la esfera mental o espiritual.

Volviendo al hoy, vivimos una época de globalización creciente que va en detrimento de las diferencias culturales, teniendo como efectos negativos fenómenos de fundamentalismo y el resurgir de los nacionalismos. Es un problema muy serio que afecta al destino de la humanidad y por tanto tiene que ver con lo que trato de analizar aquí. Debemos entender que el ser humano no puede vivir sin una dimen-

sión cultural, y de ella, la parte más importante la representan las tradiciones religiosas, muy antiguas, y que, por definición, se basan en las experiencias fundantes que no tienen por sí mismas un carácter racional sino que se adquieren en un trabajo sucesivo de interpretación, algo que es incluso necesario si la religión no quiere perderse en una dimensión mitológica, como expresó muy claramente Juan Pablo II (1988). Se da, pues, una dialéctica muy compleja. Sin embargo, la religión cristiana, y todavía más la Iglesia Católica, representa la única tradición religiosa que tiene una aspiración universal. Por eso, los filósofos y teólogos católicos, más que ningún otro, deberemos estar preparados para mediar entre las dos perspectivas (científico-tecnológica y cultural-tradicional), y es en esta mediación donde la Iglesia no solo puede tener una función social sino, además, presentarse como punto de referencia para otras confesiones, dado que la labor de mediación entre globalización y culturas interesa a todas las tradiciones religiosas (y a las sociedades también). ¿Pero sabremos estar a la altura? La mediación de la que hablo no es sino un aspecto más del problema general de hacer de mediadora entre las experiencias, que son siempre personales, y la razón, que, al menos como posibilidad, es universal. Para poder hacer esta labor hace falta un enorme respeto hacia todas las experiencias, incluidas las de otras religiones y sus revelaciones particulares, sin que eso signifique asumir sus postulados y, por lo tanto, manteniendo cada una su especificidad.

Debemos, pues, mirar con confianza tales desarrollos. Lo que trato de transmitir es que estos procesos nos provocarán, necesariamente, preguntas radicales y fundamentales sobre el ser humano y su destino. Representarán un desafío para todos nosotros. Esencialmente, lo que propongo y deseo es que ciencia, filosofía y teología colaboren cada vez más para favorecer el progreso humano. Si la ciencia, haciéndose cada vez más antropológica, adquiere una dimensión crecientemente útil, desearía que también la filosofía y la teología se plantearan mejor el problema de su utilidad para el ser humano y la sociedad.

Bibliografía mínima

Ashby, W. Ross (1952), *Design for a Brain: The Origin of Adaptive Behaviour*, Chapman and Hall, London, 1952, 1954; 2nd ed. 1960.

— (1956), *Introduction to Cybernetics*, London, Chapman and Hall, 1956, 1957, 1999.

Auletta, Gennaro (2007), “Il dibattito tra Einstein, Bohr e Schrödinger: Causalità, determinazione e azione a distanza”, *Il Protagora* 9: 181–98.

— (2011a), *Cognitive Biology: Dealing with Information from Bacteria to Minds*, Oxford, University Press.

— (2011b), “Teleonomy: The Feedback Circuit involving Information and Thermodynamic Processes”, *Journal of Modern Physics* 2.3: 136–45.

— (2011c, in collaboration with I. Colagè, P. D’ambrosio, and L. Torcal), *Integrated Cognitive Strategies in a Changing World*, Rome, G&B Press.

— (2012), “Causation Upside Down?”, *Revista Portuguesa de Filosofia* 68.1-2: 9–32.

— (2013a), “Information and Metabolism in Bacterial Chemotaxis”, *Entropy* 15: 311–26.

— (2013b), “Bringing Genetics, Epigenetics and the Human Sciences Together The Cognitive-Cultural Turn that Made Symbolic Systems Possible”, in de Lumley (Ed.), *Via Humanitatis*, Vatican City, Pontifical Academy of Sciences.

—, Colagè, I., e Jeannerod, M. (2013, Eds.), *Brains Top-Down: Is Top-down Causation Challenging Neuroscience?*, Singapore, WorldScientific.

Bohr, Niels (1935a) “Quantum Mechanics and Physical Reality”, *Nature* 136: 65.

— (1935b), “Can Quantum-Mechanical Description of Physical Reality Be Considered Complete?”, *Physical Review* 48: 696–702.

Craddock, T. J. A., Tuszynski, J. A., and Hameroff, S. (2012), “Cytoskeletal Signaling: Is Memory Encoded in Microtubule Lattices by CaMKII Phosphorylation?”, *PLOS Computational Biology* 8.3: e1002421.

D’Ariano, G. Mauro (2012), “A Quantum Digital Universe: Quantum Information Helps Foundations of Physics”, *Il Nuovo Saggiatore* 28.3- 4: 13–22.

Einstein, A., Podolsky, B., and Rosen N. (1935), "Can Quantum-Mechanical Description of Physical Reality be Considered Complete?", *Physical Review* **47**: 777-780.

Enquist, M., Eriksson, K., and Ghirlanda, S. (2007), "Critical Social Learning: A Solution to Rogers's Paradox of Nonadaptive Culture", *American Anthropologist* **109**: R148-149.

Fehr, E. and Fischbacher, U. (2003), "The Nature of Human Altruism", *Nature* **425**: 785-91.

Fowler, J. H., Johnson, T., and Smirnov, O. (2005), "Human behavior: Egalitarian Motive and Altruistic Punishment", *Nature* **433**: E1.

Gilbert, C. D. and Li, W. (2013), "Top-Down Influences on Visual Processing", *Nature Reviews Neuroscience* **14**: 350-63.

Giovanni Paolo II (1988), "Lettera a Padre G. Coyne", in Russell, R. J., Stoeger, W. R., and Coyne, G. V. (Eds.), *Physics, Philosophy, and Theology: A Common Quest for Understanding*, Vatican Observatory, 1988; 2nd ed. 1995, 2000.

Hawks, J., Wang, E. T., Cochran, G. M., Harpending, H. C., and Moyzis, R. K. (2007), "Recent Acceleration of Human Adaptive Evolution", *Proceedings of the National Academy of Sciences USA* **104**: 20753-758.

Laland, K. N., Odling-Smee, F. J., and Myles, S. (2010), "How Culture Shaped the Human Genome: Bringing Genetics and the Human Sciences Together", *Nature Review — Genetics* **11**: 137-48.

Mussa-Ivaldi, Sandro (2000), "Real Brains for Real Robots," *Nature* **408**: 305-306.

Nicolesis, Miguel A. L. (2001), "Actions from Thoughts," *Nature* **409**: 403-407.

Rahner, Karl (1976), *Grundkurs des Glaubens. Einführung in den Begriff des Christentums*, Freiburg, Herder, 1976, 1984.

Rossano, Matt J. (2010), "Making Friends, Making Tools, and Making Symbols", *Current Anthropology* **51**: 89-98.

Schrödinger, Erwin (1935), "Die gegenwärtige Situation in der Quanten-mechanik. I–III", *Naturwissenschaften* **23**: 807–12, 823–28, 844–49.

Shannon, Claude E. (1948), "A Mathematical Theory of Communication", *Bell System Technical Journal* **27**: 379–423; 623–56.

Snow, Charles P. (1959), *The Two Cultures*, Cambridge, University Press, 1959; 2001.

Tattersall, Ian (2009), "Human origins: Out of Africa", *Proceedings of the National Academy of Sciences USA* **106**: 16101–18–21.

Thornton, A. and Clutton-Brock, T. (2011), "Social Learning and the Development of Individual and Group behavior in Mammal Societies", *Philosophical Transactions of the Royal Society* **B366**: 978–87.

Wessberg, J., Stambaugh, C. R., Kralik, J. D., Beck, P. D., Laubach, M., Chapin, J. K., Kim, J., Biggs, S. J., Srinivasan, M. A., and Nicolelis, M. A. L. (2000), "Real-Time Prediction of Hand Trajectory of Cortical Neurons in Primates," *Nature* **408**: 361–65.

Wiener, Norbert (1948), *Cybernetics, or Control and Communication in the Animal and in the Machine*, 1948; 2nd ed. Cambridge, MA, MIT Press, 1961, 1965.

Wright, Tom (2007), *Surprised by Hope*, London, SPCK.

Zwolak, M. and Zurek, W. H. (2013), "Complementarity of Quantum Discord and Classically Accessible Information", *Scientific Reports* **3**: 1729.

LA PARROQUIA EN EL MISTERIO DE CÓMO DIOS UNO Y TRINO AMA EL MUNDO¹

Rev. Aragón. Teol. 39 (2014)

ERNESTO J. BROTONS TENA

1. A modo de prólogo: Nuestro tiempo, tiempo de Dios, y tiempo para Dios.

“Nuestro tiempo es tiempo de Dios y tiempo para Dios”. Es ésta una de esas certezas del corazón que todo creyente, y toda comunidad evangelizadora, guarda muy dentro. Merece la pena repetirlo: “Nuestro tiempo, tiempo de Dios y tiempo para Dios”².

Comienzo «hablando del tiempo», precisamente, porque esta afirmación nos «des-centra», nos saca de nosotros mismos para remitirnos y hablarnos de Dios y de la historia, del momento en que vivimos, de la gente, de la realidad de cada día, en definitiva: de «lo humano». Sólo cuando somos capaces de «des-centrarnos», nos «centramos» de veras. Y eso vale para nuestra vida personal, comunitaria, eclesial. Vale perfectamente para nuestras parroquias. Para Dios y para los hombres es nuestro tiempo, el tiempo de cada uno de nosotros, de los cristianos, de nuestras comunidades parroquiales, de la Iglesia. Dios y los hombres, eso es lo primero. La Iglesia no existe para sí misma. Toda nuestra existencia, abrazada y unida a la humanidad entera de la que formamos parte, es de Dios y para Dios.

Con todo, muchos me dirán que mi pronóstico del tiempo no es evidente. Son, de hecho, muchas las voces que, en nuestra sociedad, digamos secularizada, proclaman más bien lo contrario: el tiempo de

¹ Ponencia ofrecida en el Encuentro Diocesano de Pastoral del 26/10/2013. Se ha revisado a la luz de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Sobre el tema, puede cf., además, E. Brotons, (dir.), *El Buen Pastor, 50 años contigo. Historia de una parroquia. Teología de una vida*, Comuniter, Zaragoza 2011, especialmente 125-154; 179-270, con la bibliografía que allí se indica.

² Cf. S. del Cura, ‘A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (in)tempestivo’: *Burgense* 43 (2000) 323-378.

Dios, y, en consecuencia, o, por supuesto, el de la Iglesia, se ha agotado³. Ya han tenido su tiempo. Hay autores que nos dicen que, al menos en la práctica, el hombre ha olvidado que ha olvidado a Dios; es decir, ha olvidado el olvido, y, en consecuencia, su ausencia no es ausencia⁴. La llamada a la nueva evangelización que nos hizo el papa Benedicto al iniciar el año de la fe, y que nos han recordado los obispos en el reciente sínodo sobre la nueva evangelización, recoge este dato e intenta responder a este hecho.

Son muchos, ciertamente, los nubarrones. Vivimos horas bajas para la credibilidad de la Iglesia, aunque parece que los gestos, las palabras y el estilo del papa Francisco han supuesto para muchos, incluso no creyentes, un balón de oxígeno. Pero no podemos conformarnos con esto. Y es que, a veces, la cosa se complica y mucho; ¿por qué?:

1. En primer lugar, sin duda, por nuestros pecados y por nuestra falta de fidelidad al Evangelio. Tras el alejamiento de muchos de la Iglesia hay muchas decepciones, sensibilidades heridas. Tal hecho nos sitúa: se nos reclama mucha comprensión, ternura, conversión, capacidad para: pedir perdón y, lógicamente, una mayor fidelidad a Cristo, a sabiendas de que su amor y su misericordia es siempre más fuerte que nuestro pecado. Ello nos convierte en testigos de su misericordia. Con todo, junto a las sombras, es de justicia reconocer y agradecer los kilos de amor derrochado en nuestras comunidades cristianas. Nuestro dolor y vergüenza por los pecados de algunos miembros de la Iglesia, y por los propios, no deben hacernos olvidar cuántos cristianos ofrecen, día tras día, su vida y su tiempo por amor y con alegría. Este testimonio nos sostiene y nos ayuda a superarnos y entregarnos más a los demás⁵.

2. Nos cuesta, por otra parte, ubicarnos en un mundo plural y laico, que cambia muy deprisa. El estilo posmoderno de vida, muy individualista en el fondo, tampoco ayuda. No hay lugar para las grandes

3 Cf. S. del Cura, art. cit., 330ss; Id., 'Realidad de Dios y propuestas pastorales: «etsi Deus (non) daretur»', en M. A. Pena - A. Galindo - J. R. Flecha (eds.), *Gozo y esperanza. Memorial profesor Dr. Julio Ramos Guerreira*, UPSA, Salamanca 2006, 245-274.

4 Cf. G. Tejerina, 'De la necesidad y de la gratuidad de Dios. La fe y el testimonio en el tiempo de la indiferencia', en M. A. Pena - A. Galindo - J. R. Flecha (eds.), *o.c.*, 197-215.

5 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 76.

verdades donadoras de sentido, mientras lo emocional, el sentimiento y el poder elegir priman acompañados de una alergia a todo lo que suponga institución, procesos, compromiso estable. En este contexto, ¿qué hacemos con el Evangelio máxime cuando éste se presenta como una oferta radical de horizonte y sentido, que nos precede, y a la cual es difícil renunciar sin perder la propia identidad?

3. La cosa se complica también por un laicismo mal entendido que deviene en indiferencia, animadversión, caricatura o burla de todo lo que suene a cristiano, a la vez que se extiende con fuerza cada vez mayor la idea de que la fe es algo muy privado, que no tiene o no debe tener ningún tipo de relevancia social y pública, algo muy personal, voluble, no sujeto a regulación⁶. A la sazón, todo resulta más difícil porque surgen otros dioses y el dinero sigue siendo un dios que atrapa el corazón del hombre como nadie, a pesar de que, convertido en dios, recuerda a Saturno devorando a sus hijos. La actual situación de crisis que vivimos, a la que no puede ser ajena nuestra pastoral, tiene mucho que ver con ello.

4. Existe, además, un factor muy cotidiano, que suele pasar desapercibido en los análisis, pero que determina nuestra pastoral concreta y mucho: la gente no tiene tiempo... Asusta contemplar el ritmo de vida en que nos hemos metido. Vivimos a golpe de agenda, corriendo, sin tiempo para «encontrarnos». Es difícil crear comunidad cuando uno va del piso al garaje, en coche al trabajo, de compras al garaje del centro comercial de turno, o a las extraescolares de los niños. Coche, garaje y casa ¿cuándo nos vemos? ¿Cómo provocar espacios y momentos de encuentro? Por otra parte, te dicen, hay que priorizar, y son tantas las cosas a hacer... ¡Qué difíciles se hacen los compromisos, los procesos...!

Recuerdo todo esto, sin tiempo para un mayor análisis, porque, como dice el Papa, un buen camino para el retorno de los alejados es conocer bien por qué se han ido y dejarnos interpelar por ello; pero, sobre todo, lo recuerdo porque, queramos o no, nos afecta. Nos afecta, primero, porque duele, y mucho, experimentar que lo que te llena la vida no llega a otros; porque es fácil cansarse de ir contra corriente; porque hay momentos en los que no se vislumbra futuro alguno. “He-

6 Cf. ib., 255.

mos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada...” (Lc 5,5; Jn 21,3). Es entonces cuando llegan las tentaciones:

1. La primera, enrocarnos, como en el ajedrez, encerrarnos en nosotros mismos y condenarlo todo, quejarnos de todo, refugiarnos en el rol, en la institución, en el «siempre se ha hecho así»⁷; o convertirnos en grupos «estufa», quedarnos en ese “¡qué bien se está aquí!” (Mc 9,5), mientras Jesús ya hace tiempo que ha emprendido camino hacia Jerusalén.

2. En segundo lugar, el «ateísmo eclesial», cambiar de función a cambio de pervivencia social, buscar pervivir con una identidad nueva, ya sea moral, estética, cultural o, simplemente, social. Pero ¿seríamos, entonces, comunidades capaces de suscitar fe, esperanza y amor? Si no podemos hablar de Dios, dicen, hablemos de la vida, de...; pero, atención, porque si el nombre de «Dios» termina convirtiéndose en algo sustituible o intercambiable sin más con otra multitud de nombres, la misma realidad de Dios terminará lógicamente siendo sustituida⁸.

3. La última: el desaliento, el cansancio, la acedia espiritual, el abandono y la deserción, o la búsqueda de seguridades varias, entre ellas cualquier forma de poder, para trepar o sobrevivir⁹. Asombra, al respecto, la fuerza de esa mundanidad espiritual de la que habla el Papa en su exhortación postsinodal, capaz de esconderse bajo apariencias loables, pero que, en el fondo, busca sólo el propio interés¹⁰. A veces, toma la apariencia de un intimismo gnóstico, subjetivista, intimista... otras, las de un neopelagianismo autorreferencial, prometeico, con-

7 “La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades”. “Cristo, recordaba san Ireneo, en su venida, ha traído consigo toda novedad. Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad, romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y sorprendernos con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva»”. Ib., 33 y 11, respectivamente.

8 Cf. S. del Cura, ‘Realidad de Dios...’, 264.

9 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 78-92.

10 Cf. ib., 93-97.

trolador¹¹. Ni el pragmatismo, ni la ansiedad del activismo, ni la búsqueda de resultados «ya y ahora» son buenos consejeros. Tampoco el pesimismo estéril, el constatare «habrá qué» o las rencillas internas¹². Se hace difícil y dura la debilidad y fragilidad de la fe. Y nos cansamos. No es difícil escuchar cada vez con mayor frecuencia ese “somos pocos, mayores, cada vez menos”.

Si usted, su comunidad, o yo mismo, padecemos estos síntomas, hay buenas medicinas: Para el «somos mayores»: Gn 12, 4. “Partió Abrán como le había dicho el Señor. Tenía setenta y cinco años...”. Dios empieza la Historia de Salvación con «un jubilado». Es una constante en toda la economía salvífica: Dios siempre actúa desde lo pequeño, lo sencillo, lo humilde. Dios se hace fuerte en la debilidad (Mt 11,25; 1 Cor 1, 1 Cor 1,18-31; Sant 2,5). Para el «somos pocos, cada vez menos», Jdt 9,11: “Tu poder no está en el número, ni tu señorío se apoya en los guerreros, sino que eres el Dios de los humildes, ayuda de los pequeños, defensor de los débiles”. Y para todo lo anterior: Jn 21. Tras la noche en vela, «in albis», sin pescar, su presencia, capaz de dar fruto, obedecerle aunque cueste (“volved a echar las redes”), comer con él, la intimidad con él. “¿Me amas? Sí, Señor, tú lo sabes todo... tú sabes que te amo”.

Cuando amenaza el cansancio, el pesimismo, el fatalismo o la desconfianza, cuando creemos que nada puede cambiar, recordemos que Jesucristo vive (nos exhorta *Evangelii gaudium*); su amor ha vencido al pecado y a la muerte. Su resurrección no es algo del pasado, ni ha sido en vano; entraña una fuerza de vida que nada ni nadie nos puede arrebatar. En cada campo arrasado, al final aparece, de nuevo, la vida, tozuda, invencible. La fe es creerle, confiar en Él, creer de verdad que nos ama, que es capaz de intervenir en nuestra historia, que no nos abandona, que el Reino de Dios ha comenzado ya a hacerse presente, y que, por todas partes, hay gérmenes de un mundo nuevo, que por mucho que se corten, vuelven a brotar. Cuando no los veamos, recordemos que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de patentes fracasos. Dios hace fructificar cualquier pequeño gesto y entrega de amor, aunque no podamos pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. En Dios, ningún gesto de amor se pierde. Basta con

11 Cf. ib., 94.

12 Cf. ib., 76-101.

confiar, confiar en la fuerza de su Espíritu. “Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca”¹³. Todo esto no lo aprendemos solos. De ahí el valor y la necesidad de la comunidad; de ahí la importancia de abrirnos a las relaciones nuevas y fraternas que genera Jesucristo.

Recuerdo: Nuestro tiempo es tiempo de Dios y tiempo para Dios. Todo se resume en confiar. No sería justo, aunque percibamos con dolor y lucidez las dificultades, poner en duda la fidelidad de Dios en nuestra época. Nunca ha habido un tiempo idóneo para el anuncio del Evangelio, ni tan malo que no pudiera ser anunciado. “No sabemos si el camino del hombre contemporáneo desemboca en Dios, pero lo que sí sabemos es que el camino del Dios vivo ha desembocado irrevocablemente en el hombre”¹⁴, y nosotros participamos de este misterio. Dios ama este mundo y esta historia, y nosotros, la Iglesia, nuestras parroquias, pertenecemos al modo de cómo Dios, uno y trino, ama este mundo, esta historia, este tiempo, este momento; pertenecemos a la historia trinitaria de Dios con el mundo.

Desde esta convicción o certeza del corazón quisiera invitaros a adentrarnos juntos en el misterio de la parroquia. No pretendo ofrecer «recetas» para que nuestras parroquias sean evangelizadoras; porque no las tengo, y segundo, porque no creo que el planteamiento sea sin más ver «qué hacemos» para que nuestras parroquias evangelicen, sino, ante todo, el ser fieles aquí y ahora, con los retos que cada momento nos plantea, a nuestra propia identidad, vocación y misión. Dicha fidelidad, fuente de toda renovación, es, por sí misma, evangelizadora. Veamos.

13 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 275-280, la cita en 279.

15 *Gaudium et spes* 1.

2. Pero hablemos de la parroquia...

2.1. Origen de la parroquia.

Cuando hablamos de la parroquia, nos situamos ante una de las instituciones eclesiales más antiguas y más tradicionales de la Iglesia.

Como «institución», la parroquia nació del impulso evangelizador del s. IV, favorecido por el edicto de Milán, que reconoció a los cristianos la posibilidad de vivir su fe en libertad. ¿Qué sucede en estos momentos?

Las Iglesias de las ciudades se lanzaron a evangelizar a la población rural que vivía en su entorno más inmediato, creando pequeñas comunidades en los núcleos rurales más importantes, que dependían totalmente del obispo de la ciudad, y estaban servidas por un presbítero. Dichas comunidades recibieron pronto el nombre de «parroquias», nombre que, curiosamente, significa a la vez «residencia en un país extranjero» y «vecindad». No son dos significados contrapuestos. Más bien se implican mutuamente y se remiten el uno al otro. Por un lado, nos recuerdan que la Iglesia es siempre peregrina, y, por otro, que no es una especie de «satélite» aislada de todo y de todos. Ella camina y peregrina, sin acomodarse, en la historia, en el mundo, recorriendo las mismas calles y plazas de una Humanidad de la que también es parte. La parroquia, a su vez, habla de vecindad, cercanía, proximidad, comunidad. Me gusta recordar y orar aquellas palabras geniales del inicio de *Gaudium et spes*: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”¹⁵.

Al mismo tiempo, el crecimiento del número de cristianos en cada ciudad obligó también a dividir la Iglesia urbana en comunidades menores confiadas a un presbítero, que recibieron el nombre de «títulos». De esta forma, la creatividad de la Iglesia estableció este tipo de comunidad menor para acercarse lo más posible a los hogares de los cristianos, y posibilitar así que todos pudieran experimentar el mis-

¹⁵ *Gaudium et spes* 1.

terio y la visibilidad de la Iglesia¹⁶. Es hermoso contemplar cómo desde el principio, ya desde los Hechos de los Apóstoles, la Iglesia asume la forma de comunidades visibles, concretas, fraternas, donde se parte el pan y escucha la Palabra, donde se sirve y comparte, donde, perseverando en la enseñanza de los apóstoles, se sale para proclamar el Evangelio, aun cuando se sufra, y no pocas veces, a causa del nombre de Jesús. Son comunidades en medio de la gente, en medio del pueblo, como un rumor, como una luz.

Desde entonces, la parroquia ha ido adaptándose a las distintas estructuras y cambios sociales. Es ésta una tarea constante. Podemos recordar aquella pastoral, hace ya más de cincuenta años, del entonces arzobispo de Zaragoza, D. Casimiro Morcillo, en la que manifestaba la necesidad de que la institución parroquial “se adaptase a los nuevos ritmos de vida, para renovarse en su liturgia, en su pastoral, en su ritmo”. La parroquia, decía, citando a Montini, futuro Pablo VI, es un ser vivo, la primera comunidad de la vida cristiana, la comunidad viviente de los fieles. Es una comunidad misionera, la célula primera del Cuerpo Místico de Cristo que anuncia su Palabra, nos incorpora a Él por el Bautismo y la Eucaristía, y guía a sus fieles por el camino de la caridad¹⁷. La invitación es plenamente actual. Gracias a su plasticidad, nos recuerda el Papa, la parroquia no es una estructura caduca. “Si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas». Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y que no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos”¹⁸.

Esta pequeña referencia histórica nos ofrece tres pistas importantes para el tema que nos ocupa:

1. La parroquia tiene su origen en la misión evangelizadora de la Iglesia. No nace como una agencia dispensadora de servicios religiosos, sino como una comunidad de fe y comunidad misionera y evangeliza-

16 “Como no es posible al obispo, siempre y en todas partes, presidir personalmente en su Iglesia a toda su grey, debe, por necesidad, erigir diversas comunidades de fieles, entre las cuales tienen un lugar preeminente las parroquias, constituidas localmente bajo la guía de un pastor que hace las veces del obispo”. *Sacrosanctum Concilium* 42.

17 Cf. C. Morcillo, *Teología de la parroquia*, carta pastoral, BEOZ, octubre 1958, 386-401.

18 Francisco, *Evangelii gaudium* 28.

dora. “La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero”¹⁹.

2. La parroquia nace como espacio de comunión. Es el lugar donde la Iglesia diocesana reúne de forma habitual a sus fieles, y está formada a imagen de ésta como comunidad y fraternidad. La eficacia real de la comunión exige comunidades que comuniquen afecto, bienes, tareas, pero, sobre todo, comunidades de fe que vivan en y de la comunión fontal con Cristo. No en vano, la comunión es siempre más profunda según la realidad de la que participa.

3. La parroquia no es ninguna realidad aislada, autárquica y auto-suficiente. Recibe su eclesialidad, su identidad y su misión, de la Iglesia particular, que, presidida por el Obispo, es la comunidad cristiana plena y necesaria. Una diócesis no nace de la suma de parroquias, sino al revés: la parroquia nace de la diócesis. Tampoco la parroquia es toda la Iglesia particular, ni engloba todos los ministerios y carismas de la diócesis. Ello nos obligará, como veremos, a aprender a trabajar en red, a insertarnos, en la medida de lo posible, en la pastoral orgánica de la diócesis²⁰. Pero, en ella, los cristianos viven, en comunión de fe, culto y misión, la concreta pertenencia a la Iglesia local, y, a través de ella, a la Iglesia entera.

Es en la parroquia donde mejor podemos percibir el carácter concreto y real de la Iglesia. La Iglesia no es una esencia abstracta, una idea. Es un «acontecer», real, concreto, que peregrina en la historia, aunque trascienda la historia. Cuando hablamos de la Iglesia hablamos de comunidades, rostros, historias, ilusiones, vidas entregadas, amor derrochado, tocadas, eso sí, por la fuerza vivificadora del Espíritu de Dios.

¹⁹ Ib., 28.

²⁰ Por eso, y en virtud de su eclesialidad, como ya advertía el entonces Arzobispo de Zaragoza, D. Casimiro Morcillo, la parroquia no puede ser un compartimento estanco, autárquico, encerrado en sí misma. Necesita de la comunión plena con la Iglesia diocesana y de la ayuda y colaboración fraterna con las parroquias circundantes y con las otras realidades diocesanas. Ni puede creerse autosuficiente, ni puede negar a los demás lo que puede darles. Cf. ib., 397s.

También en ella hay sombras y pecado, pues es santa y pecadora. En su exhortación apostólica sobre los laicos cristianos (1988), *Christifideles laici*, Juan Pablo II definió la parroquia como “la Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”²¹. Y es verdad, para la mayoría de los bautizados es el lugar y el ámbito donde lo eclesial se hace cercano, accesible y experimentable; y para la mayoría de los no creyentes es, en gran medida, la referencia concreta que pueden tener de la Iglesia.

2.2. Realidad cuestionada. Llamados a redescubrir su verdadero rostro.

Ello no quita para que la parroquia haya sido y sea una realidad cuestionada. Han sido muchos, en los últimos tiempos, los que han puesto en duda su validez como cauce evangelizador en una sociedad plural y secularizada como la nuestra, quizá porque la institución parroquial suele relacionarse con una pastoral de cristiandad. Desgraciadamente, no son pocos los que hoy siguen viendo simplemente en la parroquia un espacio administrativo, sacral, garante de tradiciones y dispensador de servicios religiosos. Y ello choca a menudo con las nuevas exigencias de evangelización de un mundo plural, laico y en constante cambio.

Aquí nacen las primeras tensiones: entre el anuncio del Evangelio y una sociedad que, en muchas ocasiones, sólo reclama ritos sociales de paso; entre sacramentos y evangelización; en qué y hasta dónde pedir y exigir a quienes se acercan a nuestras comunidades parroquiales.

Se esconde tras estas tensiones el debate sobre los distintos modos de pertenencia a la Iglesia, y un dilema: por un lado, es verdad que la comunidad parroquial ha de promover y privilegiar una pertenencia plena, consciente, y también comprometida y participativa, de sus miembros y grupos. Pero, a su vez, desvirtuaría su ser si pretendiera convertirse en una Iglesia de «puros», si cerrase sus puertas a quienes no practican con regularidad, a aquellos cuya fe es apenas una mecha humeante o, incluso, a aquellos que no creen o profesan otros credos.

Kasper, en uno de sus últimos libros, lo advierte: Todos, sin exclu-

21 Juan Pablo II, *Christifideles laici* 26.

sión, deberían sentirse en ella como en su propia casa²². Acogida incondicional y paciencia siguen siendo dos de las claves para una pastoral parroquial eminentemente misionera. No somos una agencia de servicios, aunque, a veces, esos servicios que prestamos sean la única oportunidad para ofrecer y provocar una experiencia distinta a la idea preconcebida de Iglesia con la que la gente se nos acerca. Con todo, nos movemos en la línea de lo propuesto por el 'Congreso sobre Parroquia Evangelizadora' de 1989, recogido en nuestro Plan Diocesano de Pastoral, con una apuesta decidida por el paso de una parroquia de «servicios» a otra de carácter eminentemente misionero y evangelizador. Nuestro plan nos invita, en la primera de sus prioridades, a apostar por comunidades cristianas vivas, caracterizadas por la participación, la acogida, la fraternidad y el crecimiento en la fe. Ello conlleva priorizar las acciones que tiendan a configurar las parroquias como comunidades vivas de fe.

Una pastoral evangelizadora, «en salida», supone, nos recuerda *Evangelii gaudium*, una pastoral «en conversión» a todos los niveles, también el parroquial. “Tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión”²³.

Estamos llamados, tal como nos invitaba Juan Pablo II, a redescubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia; o sea, el «misterio» mismo de la Iglesia presente y operante en ella. “Aunque a veces le falten las personas y los medios necesarios, aunque otras veces se encuentre desperdigada en dilatados territorios o casi perdida en medio de populosos y caóticos barrios modernos, la parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es «la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad», es «una casa de familia, fraterna y acogedora», es la «comunidad de los fieles»”. Comunidad de fe y comunidad orgánica, la parroquia “está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una comunidad eucarística”²⁴.

22 Cf. W. Kasper, Iglesia católica. Esencia-Realidad-Misión, Sígueme, Salamanca 2013, 411.

23 Francisco, *Evangelii gaudium* 28.

24 Juan Pablo II, *Christifideles laici* 26.

Hoy sentimos con fuerza la urgencia de una pastoral renovada, capaz de afrontar no sólo el reto del acompañamiento en la fe, sino del «primer anuncio». Ello exige comunidades abiertas y acogedoras, misioneras, con una pastoral valiente, creativa, esperanzada, pero, sobre todo, conscientes de su identidad y de su misión. Y es aquí donde quisiera insistir. Repito: no se trata de ver qué hacemos para que nuestras parroquias sean evangelizadoras, sino en cómo vivir en fidelidad nuestra realidad, identidad y misión.

3. La Parroquia inserta en el Misterio de cómo Dios ama el mundo.

Preguntada la Iglesia por su misión e identidad, ésta sabe bien que sólo puede mirar a su Señor. Ella no nace como consecuencia de una ideología, ni del recuerdo nostálgico de la causa de un difunto fundador. “No se comienza a ser cristiano, nos advierte Benedicto XVI, por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona”²⁵: Cristo.

En virtud de este encuentro, la Iglesia se sabe referida al misterio de cómo Dios, uno y trino, ama al mundo. Sabe bien que no se pertenece a sí misma, de la misma forma que no puede darse a sí misma. Su fundamento, su misión y su destino remiten más allá de sí y la definen. Recogiendo el sentir de la carta a los Efesios y de los Padres, el Vaticano II nos ha recordado cómo la Iglesia, que nace del acontecimiento Cristo, tiene su origen en ese misterio entrañable del Dios uno y trino que quiere compartir su vida divina con el hombre²⁶.

Al dictado del amor, la comunión se convierte en «misión». Dios se desborda y se regala generando comunión y vida. Por amor, sólo por amor, el Padre envía al Hijo y al Espíritu para que tengamos vida y vida en abundancia (Jn 10,10)²⁷. Y la misión es generadora de comunión, nace de la comunión, vive y se discierne en ella y para ella. En consecuencia, lo decisivo y radicalmente nuevo no es que vayamos hacia Dios, sino que Dios sale a nuestro encuentro.

25 Benedicto XVI, *Deus caritas est* 1.

26 Cf. *Lumen gentium* 2; *Gaudium et spes* 40; *Ad gentes* 2.

27 Cf. G. Greshake, *El Dios uno y trino*, Herder, Barcelona 2001, 472ss.

La Iglesia comprende su identidad y su misión dentro de esta historia trinitaria de Dios con el mundo. “Como el Padre me ha enviado, también yo os envío. Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,21s). No es la Iglesia la que define la misión, sino la misión la que define y constituye la Iglesia.

También en ella comunión y misión se implican. Sólo cumple su misión si permanece en comunión, sólo está en comunión si vive para la misión que le ha sido encomendada. No en vano, el origen de su comunión es el mismo que el de su dinamismo misionero²⁸. La referencia a la Trinidad no es arbitraria. En ella contemplamos nuestro origen, nuestro destino y, también, nuestro presente y modelo: “La Santa Trinidad es la mejor comunidad”, decía Leonardo Boff. Por ello, no cualquier modelo de comunidad humana es reflejo de la Trinidad. Hablamos de unidad y no de uniformidad, de comunión y no de mera yuxtaposición de personas; hablamos de comunión en la diferencia, en la pluralidad, también buena y presente en Dios, conscientes de que no son las diferencias las que nos dividen, sino el pecado; hablamos de unión sin confusión, de comunión de amor, de sentimiento de pertenencia mutua, de lazos que se abren y desbordan vida, del mejor «yo» desatando el mejor «tú».

Puede costar creer que nuestras parroquias pertenezcan a tan gran misterio. Conocemos bien nuestra historia, nuestras luces y sombras, nuestro pecado. Nos sabemos pequeños. Y, sin embargo, Dios cuenta con nosotros, quiere servirse de manos que pueden mancharse. Por eso, parafraseando a san Agustín, estamos llamados a «superar la vergüenza por los sacramentos de la humildad del Verbo»²⁹, y aceptar que Cristo Jesús quiera salir al encuentro del mundo, y amar al mundo, a través nuestro, a sabiendas de nuestra debilidad. Debemos «dejar a Dios ser Dios», consentir, confiar, pues “sabemos de quién nos hemos fiado” (2 Tim 1, 12). A nadie se le escapa que todo esto es «gracia». A nadie se le puede escapar la «responsabilidad» que conlleva.

4. “Rumor y luz”. La comunidad parroquial: comunidad de fe y sacramento del amor de Dios.

Inserta en el misterio de cómo Dios ama el mundo, el Vaticano II nos habla de la Iglesia, y, por tanto, podríamos decir, de la parroquia,

²⁸ Cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici* 32.

²⁹ Cf. Agustín, *Confessiones* 8, 2, 4.

como «sacramento», como sacramento universal de salvación³⁰ y sacramento de unidad³¹. Quisiera proponer, además, una expresión que consagró ya hace unos años un sociólogo norteamericano, Peter Berger, y que me parece especialmente hermosa: «rumor de ángeles»³².

En medio de las casas de nuestros vecinos, la parroquia es un rumor de ángeles, un rumor de Dios, tan sólo eso y a la vez tan grande...; pero uno sólo puede ser verdadero rumor, sacramento, cuando hay experiencia, cuando uno contagia lo que vive. Recordemos esa expresión del profeta Zacarías: “Queremos ir con vosotros porque hemos oído (se nota) que Dios está con vosotros” (Zac 8,23).

Jesús usaba otras imágenes, también geniales; hablaba de la «sal», de la «levadura», y, sobre todo, de la «luz»: “sois la luz del mundo” (Mt 6,14). Ser luz, nos dijo, significa obrar de tal modo que quien vea nuestras obras glorifique a Dios, dé gloria a Dios (Mt 6,16). Y la gloria de Dios, nos recordaba san Ireneo, es que todo hombre y mujer tengan vida y vida en abundancia. Dios es la gloria y vida del hombre³³. No es difícil advertir aquí los dos grandes sentidos de la evangelización que nos apuntaba *Evangelii nuntiandi*: en primer lugar, humanizar, la misión como servicio liberador a la vida, servicio a todo lo humano³⁴. Unido a ello, un segundo aspecto: el anuncio explícito de Jesucristo, no privar a la gente del nombre de Cristo, verdadera luz y vida del mundo. Sólo desde el Misterio de Cristo, sólo desde el Misterio del Verbo Encarnado, Siervo de YHWH, se ilumina en su plenitud el misterio del hombre, su vocación última y su destino³⁵. Todo el proceso huma-

30 Cf. *Lumen gentium* 48; *Gaudium et spes* 43; 45; *Ad gentes* 5.

31 *Lumen gentium* 1, *Sacrosanctum concilium* 26.

32 “No hace muchos años alguien preguntó a un sacerdote de un barrio bajo de una ciudad europea por qué trabajaba en él, a lo que el sacerdote replicó: “Para que el rumor de Dios no desaparezca totalmente”. P. Berger, *Rumor de ángeles*, Herder, Barcelona 1975, 168.

33 Cf. Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 4, 20, 7.

34 Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 18.

35 Cf. *Gaudium et spes* 22. “Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida. Cada vez que uno vuelve a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan, aunque no lo reconozcan: «Lo que vosotros adoráis sin conocer es lo que os vengo a anunciar» (Hch 17,23). A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno. Cuando se logra expresar adecuadamente y con belleza el contenido

nizador que puede sacar adelante la parroquia, quedaría incompleto si se priva al hombre del Nombre de Aquel que es su Vida con mayúscula³⁶, fuera del cual “no hay otro nombre en el que podamos salvarnos” (Hch 4,12). “Tenemos un tesoro de vida y de amor que no engaña”³⁷. En última instancia, la vida y la misión de la Iglesia no es otra cosa que comunicar a Cristo, unir a los hombres en Cristo y a Cristo.

Somos llamados a ser luz, pero no luz que deslumbra y ciega, sino luz sencilla, pequeña, que se encuentra allí donde se sirve y ama. Permittedme narrar una pequeña experiencia: En una pascua juvenil, antes de comenzar la vigilia pascual, comenté a los jóvenes que «nos habían robado el fuego» y había que salir a buscarlo. Para encontrarlo, debían buscar por la casa y alrededores. A un joven se le ocurrió entrar en el cuarto donde se guardaban las escobas y los enseres de limpieza. Allí encontró una pequeñita candela, una luz humilde. La luz del Resucitado es una luz humilde, sencilla, que se encuentra allá donde se sirve y ama, pero, por sí misma y compartida, capaz de llenar la vida, como nadie, de luz y de calor. En la parroquia me gusta comenzar el rito del fuego de la noche de Pascua con una pequeña llama que portan los grupos que encarnan la caridad en la parroquia. El cristiano, la comunidad parroquial, ha de ser luz, puede que pequeña, pero, junto a otras, capaz de alumbrar la vida y dotarla de calor. El cirio pascual recuerda cómo Cristo y cómo la Iglesia, ese misterio de la luna, cuyo resplandor no es otro que el de Cristo, es luz. Y nos recuerda cómo se es realmente luz: «desgastándose».

Nuestras parroquias son luz, rumor, sacramento, signo e instrumento de amor, de unidad y de salvación, cuando son auténticas comunidades, espacios de encuentro, hogares que acogen, hospitales de campaña, en expresión del papa Francisco, que salen con la mochila al hombro a sanar heridas, signos e instrumentos de reconciliación y de unidad. A este respecto, conviene advertir cómo sacramentalidad y

esencial del Evangelio, seguramente ese mensaje hablará a las búsquedas más hondas de los corazones: «El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza». Francisco, *Evangelii gaudium* 265.

36 Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 22.

37 Francisco, *Evangelii gaudium* 265.

comunidad se implican. La parroquia es sacramento, rumor y luz si es comunidad, y no una comunidad cualquiera, sino una comunidad al estilo de Dios, comunidad de fe y amor donde el servicio a la caridad lo invade todo³⁸, un hogar de verdad, de justicia y de caridad que interroga, que cuestione, que, en su sencillez y pobreza, porque tiene vida, porque la gente se quiere y quiere, sea buena referencia, posibilidad buena, buena noticia. En estas lides, el número no es lo importante. Incluso la más pequeña de las comunidades es capaz de irradiar. Basta con observar ese primer momento evangelizador de la Iglesia: “mirad cómo se aman”. Basta con observar, agradecidos, el testimonio de amor y entrega de tantos hombres y mujeres, gracias a los cuales hoy creemos, pues no partimos de cero.

Hablar de comunidad, no de masa, ni de mera suma de personas, es hablar de relaciones que nos vinculan unos a otros, de valores compartidos, de la participación y corresponsabilidad de todos, aun con sus distintos grados, modos y formas de pertenencia, sabiendo, eso sí, que la comunión es tanto más honda y real cuanto más profunda es la realidad de la que se participa. El secreto de nuestra comunión no está en mi decisión de juntarme con el otro, sino en la comunión con Cristo, que es obra del Espíritu. Cuanto más unidos estamos a Cristo, más cerca estamos unos de otros.

Por eso, la Eucaristía es la máxima expresión de la comunión eclesial y la fuente, junto con la Palabra, de toda renovación parroquial. La parroquia es comunidad orante, que se alimenta de la Palabra y de la Eucaristía. La renovación parroquial no es cosa de estrategias o eficacias pastorales, sino de comunión con Cristo: “Permaneced en mi amor; sin mí no podéis hacer nada...” (cf. Jn 15,1-16). La renovación de nuestras parroquias nace del volvernos a Cristo, mirarle, mirar a sus ojos y con sus ojos³⁹, sumergirnos, por el Espíritu, en su familiaridad con el Padre (cf. Jn 14,23; 16,23.26), y contagiarnos de sus sentimientos (Flp 2,5ss), de su mirada, de su capacidad para hacer una lectura creyente de la realidad, para discernir los signos de los tiempos, para crear y generar auténtica vida y fraternidad. Nuestra mayor riqueza es poder ser cauce para el encuentro personal y comunitario con Cristo. “El Espíritu, alma de la Iglesia, será la fuerza

38 Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est* 19ss.

39 Cf. Francisco, *Lumen fidei* 18.

que transforma el corazón de la comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer, en su Hijo, una sola familia”⁴⁰.

Sacramentalidad, comunión: dos palabras claves en la renovación de toda comunidad parroquial. Desde aquí releemos los tres rasgos fundamentales que, tradicionalmente, han cualificado la comunión parroquial: globalidad, territorialidad y maternidad. Veamos⁴¹.

4.1. Globalidad de la comunidad parroquial.

La comunidad parroquial se caracteriza por la «globalidad» de su misión y la globalidad de sus miembros. De hecho, si algo diferencia la realidad parroquial de otras realidades eclesiales es que, más allá de acentos específicos, o de carismas determinados, es una comunidad abierta, capaz de abrir sus puertas a todos, sin exclusividades; “capaz de, desde lo común y lo radical cristiano, congregar en la unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran, e insertarlas en la universalidad de la Iglesia”⁴². Es, quiere ser, familia abierta, sin elitismos, donde todos, de la condición que sea, puedan sentirse como en casa.

Esta globalidad cualifica la comunidad. En primer lugar, cualifica el sentido de pertenencia. Como advierten, entre otros, teólogos pastoralistas como Julio Ramos, Casiano Floristán, o más recientemente, el mismo Kasper, la comunidad parroquial no se limita a la gente de los grupos, movimientos o comunidades que pueda incluir, ni a la gente que más directamente está implicada en ella. Pensar en la comunidad como si ésta se redujera a los grupos que hay en ella, nos cierra puertas y cierra puertas. Floristán habla, de hecho, de una gran comunidad en tres círculos concéntricos⁴³:

1. El primer círculo sería el que llama «nuclear», compuesto por los grupos y personas más directamente implicados en la vida co-

40 Benedicto XVI, *Deus caritas est* 19.

41 Cf. Congreso Parroquia Evangelizadora, Segunda ponencia ‘Parroquia Comunidad, Misión’, 110-126; J. Ramos, *Teología pastoral*, BAC, Madrid 1995, 338-348; E. Brotóns, ‘La parroquia en el misterio de cómo Dios ama el mundo’, en *Id (dir)*, o.c., 138-151.

42 Cf. Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 82000, 257.

43 C. Floristán, *Para comprender la parroquia*, Verbo divino, Estella 1998, 676s.

munitaria; círculo importante, en cuanto motor dinamizador de la comunidad.

Es en este nivel donde hablamos de la parroquia como «comunidad de comunidades», un buen antídoto contra el riesgo de comunidades sin rostro o anónimas, y, sin duda, un buen camino de renovación parroquial y de futuro pastoral.

La futura parroquia, nos dice Kasper, será una comunidad de comunidades, una red de círculos, comunidades de base, movimientos, asociaciones espirituales, grupos bíblicos, de oración, de amigos, de trabajo, iglesias domésticas... que, en un momento determinado, se encuentran, se reconocen unas a otras, se coordinan y celebran juntos la Eucaristía⁴⁴. La parroquia necesita de todas estas comunidades, asociaciones, o grupos, sencillamente, para que la fe se experimente comunitariamente tanto afectiva como efectivamente, y para que ellas fermenten desde una vida comprometida la globalidad parroquial. A su vez, éstas necesitan a la parroquia para encontrarse en ella con la universalidad de la Iglesia y no cerrarse así sobre sí mismas. Importante es el papel a jugar por el ministerio del párroco y de los distintos sacerdotes de una comunidad parroquial, que se configura aquí como un verdadero servicio a la unidad y a la comunión, servicio de acompañamiento y animación misionera⁴⁵.

44 Cf. W. Kasper, o.c., 413. Sin duda, en las realidades más pobres de nuestro mundo rural, este modelo invita a la búsqueda de nuevas formas y modos de presencia eclesial, que, sin perder su arraigo en el pueblo, estén abiertos a los nuevos espacios vitales que se van configurando. Recordando los inicios de la evangelización europea, Kasper habla de iglesias-centro, capaces de irradiar un entorno, de comunidades de personas en red, de momentos significativos de encuentro donde se experimente una vida eclesial no languidecida, sino floreciente, llena de vigor e irradiación misionera. Tenemos aquí un campo urgente de reflexión y acción pastoral. Cf. Ib., 410-414.

45 Es interesante la reflexión que nos ofrece el documento de Aparecida sobre el papel de los sacerdotes en la comunidad, en aras a la renovación parroquial. Bajo el epígrafe Animadores de una comunidad de discípulos misioneros afirma: «La renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. La primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo, porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia. Pero, al mismo tiempo, debe ser un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración. Pero, sin duda, no basta la entrega generosa del sacerdote y de las comunidades de religiosos. Se requiere que todos los laicos se sientan corresponsables en la formación de los discípulos y en la misión. Esto supone que los párrocos sean promotores y animadores de la diversidad misionera y que dediquen tiempo generosamente al sacramento de la reconciliación». CELAM, Aparecida, 2015.

¿Qué rasgos caracterizan esta «comunidad de comunidades»?:

- En primer lugar, la unidad en la pluralidad, la convivencia real de comunidades de diversos tipos y estilos en el seno de la misma parroquia. No se puede imponer solamente una metodología o absolutizarla como la únicamente válida.
- La querencia mutua. La parroquia no es la suma de grupos en los que cada cual cumple su tarea, de forma aislada, sin más relación mutua que la exigida por criterios de organización y eficacia⁴⁶. Esto bastaría, quizá, en una parroquia comprendida sólo por las funciones y tareas que desempeña, pero la parroquia, ante todo, es familia, casa común. Las distintas comunidades y los distintos grupos manifiestan su eclesialidad en el reconocimiento y en el servicio mutuo, en la participación en la vida de la parroquia, en los distintos momentos de convivencia, también de descanso, en la celebración de la liturgia. Sin duda, la Eucaristía del domingo constituye el momento privilegiado, fuente y expresión, de la unidad de las distintas comunidades en la comunidad parroquial.
- La corresponsabilidad y la participación de todos. La vida parroquial debe superar el clericalismo de una organización y un funcionamiento basados en la figura del párroco, y abrir puertas a la corresponsabilidad y la participación. En este sentido, deben ser potenciados en la parroquia los distintos ministerios laicales en cuanto tales, con verdadera, propia y auténtica responsabilidad en la vida parroquial y en la tarea evangelizadora de la Iglesia. Hay que saber sembrar esta inquietud: “Todos los miembros de la comunidad parroquial son responsables de la evangelización de los hombres y mujeres en cada ambiente. El Espíritu Santo, que actúa en Jesucristo, es también enviado a todos en cuanto miembros de la comunidad”⁴⁷. Los sacerdotes están llamados a reconocer los servicios y carismas de los seglares para el bien del Cuerpo y de la tarea en común⁴⁸, sa-

46 Cf. J. Bestard, *Corresponsabilidad y participación en la parroquia*, PPC, Madrid 1995, 83.

47 CELAM, *Aparecida* 171.

48 “Saben los pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y carismas de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común”. *Lumen gentium* 30.

biendo que la misión de los seglares no es mera delegación. Deriva de su incorporación a Cristo por el Bautismo, en virtud de la cual han sido hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo⁴⁹. Esta importancia de los laicos en la vida parroquial se da en la medida en que la parroquia haya hecho la opción clara por la evangelización. Si las parroquias siguen cerradas solamente en ser comunidades de culto, es lógico que el clericalismo perdure en ellas y que la colaboración laical sea más de ayuda que de auténtico protagonismo.

- Los organismos parroquiales de corresponsabilidad, tales como los consejos pastorales o los consejos de economía, están al servicio de la unidad, de la coordinación y de la misión evangelizadora de la parroquia. Recogiendo todas las sensibilidades, favoreciendo la comunicación y el sentimiento mutuo de pertenencia, su función supera cualquier clase de burocracia. Es importante que los consejos pastorales parroquiales “estén formados por discípulos misioneros constantemente preocupados por llegar a todos. El consejo de asuntos económicos, junto a toda la comunidad parroquial, trabajará para obtener los recursos necesarios, de manera que la misión avance y se haga realidad en todos los ambientes. Estos y todos los organismos han de estar animados por una espiritualidad de comunión misionera: «Sin este camino espiritual de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento»⁵⁰.
- Dinamismo misionero. Acompañamiento. No toda la vida de los grupos apunta hacia servicios internos de la Iglesia. El protagonismo del laicado no se agota en los ministerios intraeclesiales; al contrario, su protagonismo más propio se da en el mundo, en los ambientes, donde se juega día a día la vida de la gente. Éste es un espacio propio del compromiso secolar que la comunidad parroquial debe saber alentar, discernir y acompañar. La parroquia, que inicia en la fe a los cristianos, sabe bien que el

49 Cf. *Lumen gentium* 31.

50 CELAM, *Aparecida* 203; Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte* 43.

apostolado laical evangelizador, requiere, entre otras cosas, un esfuerzo serio de acompañamiento, formación y preparación adulta y madura. Por aquí apunta la segunda prioridad de nuestro Plan Diocesano de Pastoral que insiste en la integración y coherencia entre fe y vida como un verdadero testimonio evangelizador: “Esta actitud evangelizadora se ha de traducir en la creación de grupos y de comunidades de cristianos conscientes de su compromiso, que estén presentes en asociaciones, grupos culturales, actividades vecinales, ONGs, en el mundo de la empresa, en sindicatos, en cuadros profesionales, medios de comunicación, en ambientes juveniles, en la educación, en las misiones, la sanidad, la opinión pública, la vida familiar, etc., con un tipo de presencia transformadora, que no excluye, sino que incluye y reclama nuevas formas de anuncio explícito de Jesucristo como Salvador”.

2. A este primer círculo concéntrico, habría que añadir un segundo, que Floristán denomina «sacramental», formado por quienes, sin estar metidos en grupos, participan asiduamente en las celebraciones, especialmente, en la Eucaristía. Aquí, el sentido de pertenencia varía. La tentación del individualismo se atisba en los que, fruto de una determinada formación, acuden sólo a «escuchar su misa». Otros, en cambio, tienen conciencia de sentirse miembros de la comunidad y quieren celebrar su fe en ella. La celebración de la Eucaristía, su preparación, el dinamismo propio de la celebración puede ayudar a crear, educar y potenciar esta conciencia. Importa que la gente se sienta en casa, la alegría del encuentro, la acogida, el sentimiento de pertenencia.

3. Se distingue, además, un tercer círculo, la «comunidad popular», formada por practicantes ocasionales o muy ocasionales: los que se acercan a la parroquia muy de vez en cuando, bien demandando servicios, bien en momentos significativos (determinadas fiestas o acontecimientos importantes en la vida de uno). El riesgo del individualismo es alto y, en ocasiones, las demandas son poco o difícilmente «evangelizables»; pero, también, son parroquia y comunidad. De nuevo, nos hallamos ante el dilema que planteábamos al principio: integrar sin caer en una iglesia de puros. Requiere, sin duda, paciencia, acogida, comprensión. Es importante que, cada vez que se acercan a la parro-

quia, se lleven una experiencia gratificante, que se sientan y se sepan acogidos, atendidos, valorados. La atención a este grupo debe estar impregnada de escucha y diálogo, abriendo cauces y dejando ya pistas, en ese mismo diálogo, para un primer anuncio. Lo mismo puede decirse de la homilía en estas celebraciones puntuales. Ha de estar, si cabe, especialmente cuidada, a la luz de la Palabra y con un oído en el pueblo, centrada en el kerigma, esperanzada, positiva, sin caer en fáciles reproches o moralinas. No olvidemos que la homilía, no es otra cosa que “retomar el diálogo ya entablado entre Dios y su pueblo”⁵¹.

Nadie debe sentirse cristiano de segunda en la parroquia, aunque no esté implicado en grupos, ni acuda asiduamente. Por eso, tan importante como potenciar las comunidades y los distintos grupos en el seno de la parroquia es potenciar todo lo comunitario⁵², crear cauces de encuentro, de acogida, de pertenencia. La parroquia está llamada a ser comunidad creyente hecha de personas, que se identifican con ella en grados diversos, una comunidad solidaria con los gozos y las fatigas de la gente, y que hace de la Eucaristía su centro, el momento por excelencia de encuentro y de expresión y realización de la comunión parroquial.

4. A estos tres grupos, yo añadiría un cuarto, muy amplio, el de la «misión», integrado, en primer lugar, por los pobres, que no pueden ser sólo objeto de nuestra solidaridad, sino sujetos de la vida eclesial. La Iglesia es servidora y, a la vez, hermana de los últimos. En consecuencia, los pobres también tienen sitio, y sitio preferente, en la comunidad y en la mesa de la Eucaristía⁵³. Los pobres nos evangelizan; tienen mucho que enseñarnos, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente⁵⁴. El reto es grande, pues que el pobre pueda sentir

51 Remito aquí a la valoración y reflexión que ofrece *Evangelii gaudium* sobre la homilía en los nn. 135-159.

52 Cf. J. Ramos, o.c., 342.

53 “Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: «He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme» (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte* 19.

54 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 198.

la parroquia como su casa nos obliga a buscar cauces de acogida, integración, participación, a la vez que exige de la comunidad, austeridad, sencillez, sobriedad y libertad evangélica. A este respecto, *Evangelii gaudium* llama la atención sobre la falta de atención espiritual a los pobres. Es la peor de las discriminaciones. Necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria⁵⁵. Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social⁵⁶. Una Iglesia pobre para los pobres. He ahí el reto.

A los pobres hemos de añadir los alejados, los indiferentes, los que no creen, los que profesan otra fe, otras ideas... Todos están llamados, en cierta manera, a sentir la parroquia como algo propio, cercano. La globalidad implica apertura a todos, sin exclusión, también al no creyente, apertura ecuménica e interreligiosa, un corazón ancho, grande, donde todos tengan sitio. Es importante la capacidad para tender puentes, para dialogar, para acercarse al otro. Para ello, no basta una comunidad parroquial que acoja; ésta debe salir, salir con humildad a los espacios donde se decide el día a día del barrio, del pueblo. Una parroquia evangelizadora es una parroquia “en salida”, una comunidad que, fiel al mandato de Jesús, “id”, acepta y obedece la llamada a salir y llegar a todas las periferias necesitadas de la luz del Evangelio⁵⁷.

La solicitud de la parroquia, por tanto, se divide en todos estos círculos. Algo parecido le pasaba a Jesús. Entre los que le seguían distinguimos distintos niveles: los Doce, los discípulos, los que le acogen en sus casas allá donde va, los que sólo acuden a escucharlo por curiosidad o a pedirle ayuda, los que observan desde el borde del camino. A todos se les anuncia, sin exclusión, el mensaje del Reino de Dios.

Junto a la dinámica de pastoral en salida y la acogida, me parece especialmente importante mimar y cuidar el sentido de pertenencia. Todos necesitamos sentirnos parte de algo y de alguien, una realidad

55 Ib., 200.

56 Ib., 201.

57 Cf. Ib., 20.

que se manifiesta de muchas formas, a través de muchos gestos sencillos, sin olvidar el cuidado, la atención y la ternura con los que durante años han servido a las parroquias y que por la enfermedad, la vejez, ya no pueden hacerlo, incluidos los sacerdotes. Nuestras comunidades no pueden perder nunca la memoria tierna y agradecida⁵⁸.

2. Junto a la globalidad de miembros está la globalidad de la misión, que no vive definida por la demanda religiosa, sino por su propia identidad y dinamismo, que en última instancia es oferta pública, no privativa, del Evangelio. El modelo sigue siendo el ideal propuesto en Hch 2,42-47; 4,32-35. Caminamos, de hecho, hacia comunidades solidarias, fraternas, organizadas orgánicamente y presididas en el amor, lugar de encuentro, donde todos tienen sitio, donde todos, cada uno según su carisma y ministerio, son responsables de la misión, comunidades hermanas y servidoras de los más pequeños, pobres y al lado de los pobres, que, con su permanente diaconía y actitud de servicio, testimonian y transparentan el amor misericordioso de Cristo. Caminamos hacia comunidades que celebran su fe, que viven de la Palabra, de la oración compartida, de la Eucaristía, fuente, expresión y realización de la comunión; avanzamos hacia comunidades que comparten su fe, que, en comunión con toda la Iglesia, anuncian y comparten la Palabra, que nacen y viven del encuentro con Jesús.

En todas estas acciones respira, como savia que todo lo impregna, ese espíritu y afán por evangelizar, en todas respira el servicio a la caridad.

Esta globalidad de miembros y misión exigirá que la parroquia ensanche sus acciones y su dinamismo para abarcar lo que la vida cristiana es, y que se aventure a ser realmente comunidad de personas y de comunidades, de sensibilidades, de acentos, de metodologías, donde unidad no signifique uniformidad sino comunión, donde el «yo» diga también «nosotros», y el recelo o la envidia den paso a la confianza, donde el pluralismo sea contemplado como una riqueza y no como una amenaza; donde el diálogo, la participación y la escucha sean un buen hábito que configura la identidad parroquial, y el clericalismo

58 Me llamaron la atención al respecto las palabras del papa Francisco en Santa Marta sobre las residencias de los curas mayores, al hablar del «ocaso del apóstol», en la Eucaristía del 18/10/2013. Tendemos a olvidar estos santuarios: no son sitios bellos, porque uno ve qué nos espera". Pero al contrario, "si miramos más en lo profundo, son bellísimos, por la riqueza de humanidad que hay dentro. Hay que peregrinar también a estos santuarios de santidad, apostolicidad y entrega".

dé paso a la participación y a la corresponsabilidad; donde, en definitiva, prime el reconocernos y querernos en la diferencia.

A su vez, dicha globalidad exige planificación, es decir, una programación pastoral que no se conforme con repetir lo ya hecho, o con buscar soluciones conforme aparecen los problemas, sino que, ligada a una situación real, se plantee objetivos, sepa adónde va, busque los medios, evalúe. Es toda la comunidad la que se implica en la programación, una programación que habrá de interiorizarse en los grupos y agentes de pastoral. La programación va unida a la distribución pastoral de tareas, grupos, funciones, en unidad de misión. Una parroquia distribuye las distintas tareas entre sus miembros y grupos, desde la diversidad de carismas, porque nadie en la Iglesia es capaz de todo, ni puede hacer lo que quiere, sabiendo que tampoco nadie ni ningún grupo agota la misión de Jesús, ni la vida cristiana o parroquial. La imagen paulina del Cuerpo de Cristo nos habla de esa necesidad mutua de unos y de otros para vivir en cristiano. Nunca puedo decir «no te necesito». Quizá nadie sea imprescindible, pero todos somos necesarios.

Ello conlleva un estilo, donde la obsesión por la eficacia, por hacer cosas, deje paso a la preocupación por la pedagogía (hacer personas y comunidades); la amargura de la crítica sistemática, negativa y destructiva, a la corrección fraterna y la ayuda mutua; el miedo al futuro, a la confianza en el Espíritu; el protagonismo personal o de mi grupo, al servicio generoso.

Esta globalidad ¿indica que hoy en día todas las parroquias tienen que hacer de todo? No necesariamente. No confundamos, de hecho, la multiplicidad de tareas con la misión. Es cierto que todas las parroquias deben cuidar esta triple dimensión: comunidades solidarias que celebren y compartan su fe. Pero, para las tareas concretas, estamos llamados a trabajar en red, a aprender a salir de nuestros guetos, a descubrir y valorar lo hermoso de colaborar unos con otros. La parroquia se convierte así, también en su misma actividad y programación pastoral, en comunidad de amor, lugar de acogida y encuentro, en signo e instrumento vivo de comunión. Basta, en la línea apuntada por Pablo en su primera carta a los Corintios, con que se imponga, en todas sus estructuras y en su dinamismo propio, el servicio a la caridad⁵⁹.

59 Desde aquí podemos releer el famoso himno a la caridad de 1 Cor 12,31 – 13,13. Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est* 19.

4.2 Territorialidad: encarnación y evangelización.

Lo decíamos antes: la Iglesia no es algo etéreo, sino, aunque lo trascienda en su Misterio, una realidad localizada en un lugar concreto, visible, palpable. A la hora de formar comunidad, la fe debe «tomar cuerpo», «pisar suelo»⁶⁰.

Esta dimensión ha definido tradicionalmente la parroquia. Pero el dinamismo actual de la evangelización, la movilidad que caracteriza la vida en las ciudades y, cada vez más, en el mundo rural, o, incluso, la misma realidad sacerdotal, nos exige un doble cambio de perspectiva. Primero, el paso de una concepción territorial de la parroquia a otra más personal e interpersonal. La parroquia no es el territorio encomendado a un presbítero para ejercer la cura de almas, sino comunidad de creyentes, pueblo de Dios, donde uno vive, comparte y celebra su fe. En segundo lugar, pasar de la territorialidad como jurisdicción a la territorialidad como ámbito de encarnación y polo de evangelización.

1. La territorialidad que caracteriza la parroquia supone una oportunidad genial para vivir este principio básico y fundante de la encarnación. De la misma manera que Cristo Jesús no es una especie de salvador gnóstico que redime al mundo al margen de éste y de lo humano, la Iglesia no puede acontecer de otro modo que descendiendo solidariamente al interior del mundo y de la humanidad. Como Pueblo de Dios forma parte de la historia humana. Todo lo humano le afecta.

Gracias a la territorialidad parroquial, la Iglesia se integra en la ciudad, en un barrio o en un pueblo, como una «casa» entre otras casas, como comunidad abierta a todos, para compartir gozos y esperanzas, tristezas y angustias, y poder traducir así en cada lugar, en cada situación y cultura, el mensaje del Evangelio. La parroquia encarna una Iglesia que sabe acercarse y escuchar a las personas y al mundo, que sabe dialogar con la cultura y con la sociedad desde la fragilidad y la humildad; una Iglesia que no se sitúa frente a la sociedad, desde fuera o desde arriba, sino que camina con ella desde dentro y desde abajo; una Iglesia entrañablemente humana y humanizadora, maestra y discípula, servidora de todos, capaz de crear redes de

60 Entendemos «territorio» en un sentido amplio, que puede abarcar también a una «cultura» determinada, como es el caso de las llamadas «parroquias personales», donde una determinada cultura constituye el auténtico «suelo» de la comunidad parroquial.

fraternidad en el tejido social que recreen la experiencia de Jesús en clave de servicio y entrega.

2. Una Iglesia encarnada es aquella que siente y hace suyos los problemas de su gente. Por eso, como decíamos arriba, es también tarea y misión de la parroquia humanizar el territorio en el que vive. “He venido para que tengáis vida, y vida en abundancia” (Jn 10, 10).

Advirtiendo que el cristianismo no tiene la exclusividad de la bondad, nuestras parroquias no pueden encerrarse en sí mismas. Están llamadas a colaborar y trabajar sin miedo, y con humildad, con todos aquellos (personas, asociaciones vecinales, instituciones, plataformas...) que se esfuerzan en el parto de un mundo más humano, solidario y justo. En este contexto, volvemos a recordar que la opción preferencial por los pobres no es un añadido a la misión, sino una dimensión constitutiva de la misma, el crisol donde se comprueba la fidelidad de la comunidad eclesial y parroquial a su Señor.

Ello implica salir, hacernos presentes en la vida del pueblo, del barrio, aportar como uno más, trabajar codo a codo con otros. Y, a la vez, abrir las puertas, sin pedir nada a cambio, con sencillez y gratuidad. Sobre todo, como nos recuerda constantemente el Papa, hay que salir a las periferias, no sólo las geográficas, sino las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de la miseria; incluso, me atrevería a decir, hay que traer la periferia a casa. En el documento de Aparecida, en su n. 398, se habla de “ser amigos de los pobres”: “Sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres de hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción por los pobres debe conducirnos a la amistad con los pobres. Día a día, los pobres se hacen sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral: educan a sus hijos en la fe, viven una constante solidaridad entre parientes y vecinos, buscan constantemente a Dios y dan vida al peregrinar de la Iglesia. A la luz del Evangelio reconocemos su inmensa dignidad y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre como ellos y excluido entre ellos. Desde esta experiencia creyente, compartiremos con ellos la defensa de sus derechos”⁶¹.

61 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 198.

3. En tercer lugar, debemos advertir cómo territorialidad y sacramentalidad se implican. Es en cada pueblo, cada barrio o rincón de la ciudad, donde toda parroquia es sacramento, signo e instrumento de comunión, comunidad de contraste, alternativa humanizadora. Así lo recuerda Juan Pablo II, en un texto que recoge nuestro Plan Diocesano de Pastoral:

“Si la parroquia es la Iglesia que se encuentra entre las casas de los hombres, ella vive y obra entonces profundamente injertada en la sociedad humana e íntimamente solidaria con sus aspiraciones y dramas. A menudo el contexto social, sobre todo en ciertos países y ambientes, está sacudido violentamente por fuerzas de disgregación y deshumanización. El hombre se encuentra perdido y desorientado; pero en su corazón permanece siempre el deseo de poder experimentar y cultivar unas relaciones más fraternas y humanas. La respuesta a este deseo puede encontrarse en la parroquia, cuando ésta, con la participación viva de los fieles laicos, permanece fiel a su originaria vocación y misión: ser en el mundo el «lugar» de la comunión de los creyentes y, a la vez, «signo e instrumento» de la común vocación a la comunión; en una palabra ser la casa abierta a todos y al servicio de todos, o, como prefería llamarla el Papa Juan XXIII, ser la fuente de la aldea, a la que todos acuden para calmar su sed”⁶².

Especial atención merece hoy el servicio a la esperanza que pueden realizar y llevar a cabo nuestras comunidades parroquiales. En tiempos recios como los que nos toca vivir, en medio de una sociedad asfixiada por la crisis y sus consecuencias, preocupa el clima generalizado de desánimo y desaliento que se va generalizando. La esperanza es un bien frágil, y, cuando se pierde, la vida se deteriora, la alegría se apaga, aumentan los miedos, la violencia, la búsqueda de mil seguridades, crece el individualismo y, con él, la soledad. Tocadas por el amor de Dios, nuestras comunidades, saben bien donde fundamentar la esperanza y dar razón de la misma. Tocadas por el amor de Dios, nuestras parroquias pueden ser sacramento, signo e instrumento de esperanza. Y lo somos cada vez que, bien enraizados en Jesús, tendemos nuestra mano al que sufre, trabajamos junto a otros por un mundo mejor, nos preocupamos por los niños, los jóvenes, los enfermos, las familias, compartimos la Palabra, anunciamos a Cristo, reconciliamos, partimos jun-

62 Juan Pablo II, *Christifideles laici* 27.

tos el pan y celebramos alegres nuestra fe. Somos esperanza cuando somos familia, cuando creamos espacios comunitarios de encuentro, cuando hacemos de nuestras comunidades lugares de acogida y fraternidad, solidarios y proféticos, testigos de un modo nuevo y distinto de convivencia, más humano, fraterno, participativo, gratuito.

4. El sentido último de nuestra diaconía, de nuestra predicación, de nuestra misma vida comunitaria y sacramental no es otro que comunicar a Cristo. Por eso, la territorialidad es para la parroquia un memorial constante de evangelización.

Los hogares, las calles, el rostro de sus vecinos... interpelan constantemente a la comunidad parroquial y le invitan a salir de sí, y a atreverse incluso a ir a donde nadie va o de donde todos marchan. La parroquia, en cada uno de sus miembros, empezando por sus pastores, se sabe solícita no sólo por aquellos que acuden a ella por una u otra razón, sino por todos los que le han sido encomendados allí donde está, creyentes, o no, católicos o no. La parroquia sabe bien que se debe a todos, y le duele profundamente no saber cómo llegar, en muchas ocasiones, a aquellos que más lo necesitan. Allí donde esté la parroquia, “es menester que lo que Cristo es para nosotros, lo sea por medio de nosotros”⁶³. No basta con cuidar la oveja que nos queda en el redil, mientras las noventa y nueve andan perdidas. No debemos obsesionarnos por el número, ciertamente, lo decíamos antes, pero no podemos utilizar la imagen del pequeño resto como excusa para quedarnos tal como estamos y no evangelizar. “Una Iglesia que no quiere crecer, entra en agonía y, al final, muere”⁶⁴.

Aquí no hay recetas. No siempre lo que es viable en un sitio es válido para otro; pero es irremplazable estar, convivir, el tú a tú⁶⁵.

5. En definitiva, la territorialidad remite a lo que *Evangelii gaudium* llama “el gusto espiritual de ser pueblo”⁶⁶. Es una cuestión de amor, de amor a Dios y a nuestra gente. Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, reconocernos como pueblo, sentirnos pueblo, integrarnos

63 H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1980, 176.

64 W. Kasper, o.c., 411.

65 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 127-129.

66 Cf. Ib., 268-274.

a fondo en la sociedad, compartir sus inquietudes, su vida, alegrarnos con los que están alegres, llorar con los que lloran, trabajar codo con codo con todos para construir un mundo nuevo, rezar, interceder y orar por nuestro pueblo, dar razón de nuestra esperanza, anunciar a Cristo, con dulzura y respeto (1 Pe 3,16), sin cansarnos de hacer el bien. Nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia; no como carga o peso que desgasta, sino como amor y opción personal que te inunda de gozo. No en vano, somos instrumentos del amor de Cristo para amar a nuestra gente. Cada persona es digna de nuestra entrega, pues cada persona, imagen y semejanza de Dios, es objeto de la ternura infinita del Señor, de la cual somos y hemos de ser transparencia viva. La misión en medio del pueblo no es un añadido o un adorno; algo muy hondo se arranca de nuestro ser si la perdemos.

La parroquia evangeliza cuando vive la mística del acercarnos a los demás, de buscar su bien. El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el pleno encuentro con Dios. Cristo no quiere gente que mire por encima, despectivamente, a su pueblo, sino hombres y mujeres de pueblo, que lo amen con locura. Vivámoslo, nos pide el Papa, «sine glossa», sin comentarios. De ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo.

6. La territorialidad no significa que la parroquia sea autosuficiente, ni que pueda encerrarse en sí misma o en sus límites, y menos aún, que pueda asumir una posición sectaria y «apropiarse», por así decirlo, de sus feligreses. No es un feudo, sino un polo abierto de evangelización. Nuestras comunidades parroquiales, no lo olvidemos, son comunidades diocesanas, con sentido de Iglesia.

Ello implica interés y sensibilidad por la vida y la acción de la Iglesia universal y local, por la misión, también por la misión «ad gentes». En Cristo, y en el abrazo del Espíritu, todos formamos un solo pueblo, un cuerpo, un único templo. Todo cristiano está llamado a «dejarse afectar» por lo que vive la Iglesia y viven sus hermanos. Por otra parte, se nos exige abertura de mente y apertura pastoral. La referencia diocesana, la apertura a los otros, el esfuerzo por desarrollar la vida parroquial desde unos planes pastorales más amplios, en una pastoral de conjunto tanto diocesana, como arciprestal o de vicaría, la convivencia con los movimientos, dándoles cabida y respetando su trayectoria, no respon-

de a una cuestión estratégica ni práctica, sino a una razón teológica de fondo. Una pastoral parroquial encerrada en sí misma, sin referencia a la Iglesia local, pierde su fundamentación teológica y razón de ser.

En un mundo globalizado, en el que, sobre todo en nuestras ciudades, el territorio deja de ser un valor prioritario en la configuración de la vida de las personas, las parroquias han de caracterizarse por el trabajo en común y los proyectos conjuntos, y por el trabajo en red, coordinado, organizado, abierto a la pluralidad, renunciando a los «coros privados de pastoral», abierto a lo que otros ofrecen y posibilitan. En la parroquia vivimos la vida de la Iglesia, pero no agotamos la Iglesia.

4.3. La maternidad cristiana de la parroquia.

Recogiendo la tradición de los Padres al hablar de la Iglesia como Madre, y al hablar de María, la Virgen, podemos afirmar, como ya intu-yó von Balthasar⁶⁷, que los misterios de María y de la Iglesia, y, en ella, de nuestras parroquias, no están tan lejos. En María, mujer creyente, madre y hermana nuestra, puede contemplarse la Iglesia sin miedo a equivocarse. La una y la otra están unidas en una vocación fundamental: la maternidad. Como María fue colmada del Espíritu, para engendrar a Cristo para el mundo, la Iglesia acoge, día tras día, el don del Espíritu para seguir «engendrando» a Cristo para el mundo. «Aquel a quien la Virgen dio a luz, también lo da todos los días la Iglesia»⁶⁸. Y esto en un doble sentido:

1. Lo mismo que la función maternal de María fue dar al mundo al Hombre-Dios, así también la función maternal de la Iglesia, que culmina en la Eucaristía, es la de darnos a Cristo⁶⁹. La Iglesia no es sólo una institución, es Vida de Cristo comunicada. Imitando a María atiende

67 Cf. H. U. von Balthasar, *Ensayos teológicos II. Sponsa Verbi*, Guadarrama, Madrid 1964, 33.

68 Berengaud, In Apoc 12, 3-5. Tal como advierte Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Mater*, en este engendrar a los hombres a una vida nueva, «María no sólo es modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más. Pues, «con materno amor coopera a la generación y educación» de los hijos e hijas de la madre Iglesia. La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su «cooperación». Cf. *Redemptoris Mater* 44.

69 Cf. Ap 12, 1-17, donde el autor evoca el duro y dramático enfrentamiento entre la mujer que da a luz un Niño, y el dragón. La mujer simboliza la Iglesia, el Pueblo de Dios, y el Niño es Cristo resucitado, engendrado por la Iglesia permanentemente para el mundo y para cada época.

a la tarea de hacer nacer a Cristo en los corazones de los hombres a través del anuncio de la palabra, los sacramentos, la caridad.

2. La Iglesia es Madre que, en la fe, engendra el Cuerpo del que Cristo mismo es la Cabeza. Decía San Agustín: “la Iglesia es virgen y madre. Imita a María que dio a luz al Señor. Ella da a luz al mismo Cristo porque son miembros Suyos [de Cristo] los que reciben el bautismo. Ella engendra a Cristo, porque sois miembros de Cristo”⁷⁰.

La maternidad de la parroquia responde a esta doble dimensión: ofrecer a Cristo mediante la Palabra, los sacramentos, especialmente el Bautismo y la Eucaristía, y la comunión fraterna; y, en segundo lugar, gestar la vida en la fe, iniciarla, educarla, y acompañarla. Ésta es una de las tareas fundamentales que la Iglesia local encomienda a la parroquia. La Diócesis confía a la comunidad parroquial la tarea de la iniciación cristiana, un proceso que se realiza en los tres grandes sacramentos de la iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía, no como momentos independientes, sino como una unidad dinámica.

A este respecto, debemos advertir que el sentido de la iniciación cristiana no se sitúa en la línea de la «asimilación» de lo que es dado por la institución, de unos roles, o de un conjunto de prácticas, normas o tradiciones, con los que el creyente debe conformar su vida; tampoco puede quedar reducida a una presentación teórica del cristianismo; ni siquiera a la simple o esporádica preparación para los sacramentos. Es más bien, un «proceso» de crecimiento en la fe, de maduración de la vida cristiana, de inserción en la comunidad, en el cual el que se inicia se hace sujeto de su propia historia, de modo que aprende a tomar la vida en sus manos como algo suyo, a hacerse persona, y a descubrir progresivamente, desde su propia autonomía, la voluntad de Dios. Se trata de enseñar y aprender a vivir de «dentro afuera», desde la experiencia personal y eclesial de encuentro con Dios y de su Gracia.

La personalización de la fe se inspira así en la pedagogía de Dios con el hombre tal como se manifiesta en la Historia de la Salvación. Por eso, en el centro de la iniciación cristiana, por encima del rol, de la verdad objetiva o de la institución, se sitúa la persona humana, la relación, el encuentro, la comunidad, la fe y la vida vivida, orada, y celebrada en íntima unidad.

70 San Agustín, Sermo 25,8.

Es tarea primordial parroquial, por tanto, instituir procesos de catequesis, espacios y momentos de acompañamiento personal y grupal, y de formación puntual y continua en cualquiera de sus formas. Aquí insistiría en la importancia de la catequesis familiar, en el acompañamiento de los jóvenes y en los catecumenados de adultos, así como en la formación de acompañantes. No en vano, la profundización en la persona de Cristo es tarea de toda una vida.

Pero hemos de dar un paso más: vivimos en tiempos nuevos, re-cios, y nos la jugamos, hoy, sin duda, en nuestra capacidad de anunciar de nuevo el Evangelio. Nos la jugamos en el reto del primer anuncio. Para ello, dos claves:

1. La apuesta por un diálogo esperanzado con la sociedad. No siempre es fácil; sobre todo, según el contenido que se dé a la bandera de la laicidad, tan en boga hoy. Por ello, urge recuperar el espíritu de *Ecclesiam suam*, la llamada de Pablo VI a hacer del diálogo el itinerario para la misión⁷¹, diálogo que traduce la actitud de Dios con el hombre, en el que todos crecemos y nos enriquecemos mutuamente, diálogo hecho de escucha amorosa y anuncio firme del «sí» de Dios a la humanidad⁷².

“El cristianismo, [advertía el papa Benedicto XVI en los previos a su viaje apostólico a Alemania] no es un cúmulo de prohibiciones, sino una opción positiva. Es muy importante que esto se vea nuevamente, ya que hoy esta conciencia ha desaparecido casi por completo. Hemos oído hablar tanto de lo que no está permitido que ahora hay que decir: tenemos una idea positiva que proponer”⁷³. Este uno de los grandes retos del cristianismo hoy: mostrar la alegría de ser cristiano, su grandeza, su belleza, su atractivo⁷⁴. Ello no quita ni anula la denuncia profética siempre que la verdad del hombre y de Dios se ven ame-

71 Cf. Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, 54ss; Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia* 25.

72 Cf. Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia* 25; Francisco, *Evangelii gaudium* 248-258.

73 *Ecclesia* 3326 (2006) 1318.

74 “Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (...). Y ojalá que el mundo actual pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 80; Francisco, *Evangelii gaudium* 9s. Cf., también, la exhortación de Pablo VI sobre la alegría cristiana, *Gaudete in Domino*.

nazadas, pero la sitúa en un contexto salvífico mayor. No hay paridad entre «anuncio» y «denuncia». Los «noes» de la Iglesia se sustentan en un «sí» mayor de Dios, del cual la Iglesia es sacramento, lo que nos impide anclarnos en un constante anatema o conflicto frontal con el mundo y las instituciones, manejados a veces por la agenda de las objeciones que nos presenta la sociedad. Con humildad, creo que esto termina fatigando y agotando, cuando no desvirtuando el mensaje e inmunizando al mundo contra la verdad del Evangelio.

Esta apuesta se sustenta en una mirada positiva y esperanzada sobre el ser humano y la existencia, que permite encontrarnos con Dios no sólo en clave de indigencia y miseria, sino de gozo y plenitud. Estamos llamados a ser testigos de esperanza y no profetas de calamidades, nos advertía ya Juan XXIII. Dios no se manifiesta primariamente como negación, sino como «fundamentación»⁷⁵.

2. Frente al indiferentismo, la propuesta de arraigo y fundamento, el redescubrimiento de la significatividad de Dios para las esperanzas y anhelos fundamentales de la vida humana y del mundo.

La Iglesia del presente y de los próximos años, si realmente quiere servir a la humanidad, tendrá que ser una Iglesia que se centre en lo substancial y en lo permanente, y ser sacramento de la significatividad existencial de Dios para la vida del hombre. Ahí apunta, tal como recoge el Plan Diocesano de Pastoral, su diaconía, su predicación, su liturgia. Por más que Dios esté a nuestro lado, si nadie lo nombra, lo invoca, lo anuncia, nos iremos alejando de él, poco a poco aprenderemos a vivir sin Él. Y entonces “¿adónde iremos?” (Jn 6, 68). La misión de la Iglesia se la juega en su capacidad de crear espacios donde educar, celebrar y vivir «coram Deo», lo cual en palabras de Teilhard de Chardin implica⁷⁶:

1. Despertar la alegría del ser. Descubrir la significatividad de Dios en la propia existencia, y cómo el misterio de Cristo ilumina el misterio y el destino de lo humano⁷⁷, implica experimentar el gozo de ser nosotros mismos, confrontados con nuestra pequeñez y con nuestro Misterio. No es tarea fácil, en medio de tantos ruidos. Por eso, educar la capa-

75 Cf. X. Zubiri, *El hombre y Dios*, Alianza, Madrid 1984, 344.

76 Cf. P. Teilhard de Chardin, *Sobre el amor y la felicidad*, PPC, Madrid 197, 82-89.

77 *Gaudium et spes* 22.

cidad simbólica del hombre, la interioridad y la mirada contemplativa y creyente de la realidad, para descubrir el rastro y el rostro de Dios en la historia, constituyen retos ineludibles de toda tarea evangelizadora. En palabras de Bonhoeffer: “Quien no aprende a entrar dentro de sí y a escucharse en profundidad, no escuchará ni a Dios ni a los demás”.

2. Descentramiento o despertar la alegría del amar. Interioridad no es intimismo. La auténtica espiritualidad es aquella que favorece los encuentros y que nos impele a des-centrarnos y a atrevernos a hacer la aventura del «tú», la aventura de amar, de acoger y de dar-se, de hacernos hermanos y servidores de los más pequeños, de fundirnos con otros en el parto del Reino, de un mundo más fraterno. La Iglesia, llamada a ser «casa y escuela» de comunión⁷⁸, puede ayudar a recuperar la hondura de la solidaridad y del valor de la comunidad. Tampoco es tarea fácil. Requiere, de hecho, acompañamiento y paciencia, hasta que se vayan sanando miedos, inseguridades, egoísmos. Evangelizar pasa necesariamente por acompañar el aprendizaje de amar.

3. Despertar la alegría de adorar. A Dios, dice, sólo se le puede invocar en vocativo. Es el momento en que desaparece toda locura y engaño, cuando los hombres se colocan ante Él a solas, y ya no dicen «Él», sino «Tú».

Adorar es «dejar a Dios ser Dios», confiarse en Él, dejarse mirar, amar y hablar por Él y amarle con el corazón y el alma, experimentar la alegría y el gozo de ser ante su presencia, y dejar que esta presencia me configure, me sane, me redima. En último término, «Dios» sólo me es accesible en la oración, en la intimidad con Él, en la comunidad que celebra y ora. De ahí la necesidad de procesos de fe en los que no sólo se hable de Él, sino que se sea capaz de balbucear un «Tú» orante, confiado.

Al final, la alegría de ser, de amar y de adorar confluyen. Las tres se implican y explican recíprocamente. Y es que nuestra vida, la vida de la Iglesia, no es sino Su mirada impresa en nosotros, ante la cual despierta la alegría de ser y de amar.

Toda esta tarea no se agota ni se desarrolla exclusivamente en la parroquia. De nuevo remito a la importancia del trabajo en conjunto y del trabajo en red con la familia, primera comunidad educadora en la fe, con la escuela, los movimientos, las comunidades de base, las

78 Cf. Juan Pablo, *Novo millennio ineunte* 43.

delegaciones, los centros de formación teológica etc. Son muchos los agentes llamados a implicarse en esta tarea y misión. Toda la comunidad eclesial, en su diversidad de carismas y ministerios, es responsable de la tarea catequética y evangelizadora de la Iglesia.

5. “Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús”.

No sólo importa ser buena noticia, ser luz, sino «cómo» se es luz y buena noticia. El «cómo» no es un ornato o un añadido a la misión, sino una dimensión constitutiva de la misma. El «cómo» pertenece también al «contenido» de la misión.

Hay un indicativo a lo largo de toda la Historia de Salvación que constituye un gozoso imperativo para la comunidad eclesial: lo trascendente se revela en lo humilde, en lo pequeño, en lo sencillo. Por eso, termino esta reflexión sobre la teología de la parroquia con la exhortación que Pablo hace a los cristianos de Filipos: “Tened los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús” (Flp 2,5). Antes que los cambios estructurales, urge un cambio de actitudes: cristianos capaces de caldear el corazón de las personas, de descender y caminar con ellas en la noche, evangelizadores con Espíritu, que oran y trabajan, enamorados de Jesucristo y del Evangelio. “Unidos a Él buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama”⁷⁹.

La parroquia será sacramento del amor de Dios si se deja conducir por el Espíritu por los mismos caminos que el Espíritu condujo a Jesús: el de la kénosis, la pobreza, la entrega y el servicio, en obediencia filial, amorosa y confiada al Padre, en misericordia. Es el camino del Siervo de YHWH, del que nos habla Isaías, camino que Jesús encarnó por nosotros, cargando con nuestro sufrimiento, con nuestra debilidad y nuestro pecado, y que la Iglesia está llamada a asumir también como propio, en cuanto Cuerpo de Cristo, Cuerpo llagado de Cristo⁸⁰. La Iglesia, la parroquia, siguiendo el ejemplo del Señor, es exhortada a

79 Cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 259-267. La cita en 267.

80 “Mas como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es la llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (Flp 2,69), y por nosotros, «se hizo pobre, siendo rico» (2 Cor 8,9); así la Iglesia, aunque el cumplimiento de su misión exige recursos humanos, no está constituida para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación incluso con su ejemplo”. *Lumen gentium* 8.

vivir su identidad y su misión en una doble expropiación de sí: hacia Dios, quien la envía y de quien procede, y hacia la humanidad, a la que es enviada; hacia Dios, su fuente, y hacia la humanidad, su encargo. De la misma manera que el Hijo de Dios se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo (Flp 2,5ss), la Iglesia encuentra su vida en esta renuncia y en esta entrega.

Al celebrar la Eucaristía, la Iglesia se reconoce a sí misma naciendo de la vida entregada de Jesús y, configurada con Él, enviada a la entrega de la propia vida para manifestar el amor y el cuidado de Dios por todos los hombres. La fracción del pan le lleva a hacerse un solo pan con Cristo, un pan partido, un cuerpo entregado, una sangre vertida. En virtud de la fraternidad en el convite, en virtud de la asociación de la Iglesia al propio sacrificio de su Señor, “la comunidad eucarística comulga con la suerte del Siervo, haciéndose también ella sierva: comiendo el cuerpo-dado tiene que hacerse, por la fuerza que éste le comunica, cuerpo-ecclesial-dado, cuerpo-para-los-demás, cuerpo-ofrecido-por la muchedumbre”⁸¹.

Termino como comencé al principio: Nuestro tiempo es tiempo de Dios y tiempo para Dios, y nuestro vivir es Cristo. Pertenecemos al modo en el que el Dios uno y trino ama al mundo. Nuestra única seguridad nace de experimentar con corazón confiado la fidelidad de Dios. No hay misión sin esta confianza radical. El “ay de mí si no anuncio el Evangelio” (1 Cor 9,16) se sustenta en ese “sé de quién me he fiado” (2 Tim 1,12). No en vano, con el salmista, la Iglesia proclama: “El Señor es el lote de mi heredad y mi copa. Me ha tocado un lote hermoso. Me encanta mi heredad” (Sal 16,5-6).

81 B. Forte, *La Iglesia de la Trinidad*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1996, 133.

EN TORNO AL PERDÓN

Rev. Aragón. Teol. 39 (2014)

JOSÉ M^a ANDREU

En estas reflexiones quiero hablar como cristiano y no como estudioso de la moral. Espero que sean mínimas huellas luminosas en tiempos de oscuridad, que anuncien de alguna manera nuevas condiciones humanas que todavía deben construirse.

En nuestro mundo de enemistad, cavado de escondrijos y de galerías subterráneas, en el que rige el “derecho del puño” y el “a cada uno lo suyo”, puede parecer ingenuo hablar de un amor unilateral, desinteresado. El perdón es un movimiento del alma que no existe en la psicología corriente. El perdón puro es un acontecimiento que tal vez no ha ocurrido jamás en la historia del hombre. La cima del perdón es apenas existente o, lo que viene a ser lo mismo, ícasi inexistente!

Deseo simplemente recordar la sabiduría de Dios, revelada en la Cruz de Cristo, tenida por muchos por necedad y locura. Frente a la incompreensión de los demás mi seguridad descansa en el poder de convicción de un pensamiento que proviene “Aquel que sostiene todo con su palabra poderosa” (Heb 1 3). Que el corazón humano pueda latir por su prójimo con caridad cierta, esto les parece sencillamente imposible a muchas gentes y aun lo consideran monstruoso. “Hay una cosa que no pueden comprender ni una asamblea ruidosa, ni un público altamente estimable, ni en media hora y esta cosa es el carácter de la verdadera abnegación cristiana. Para comprenderla se requiere temor y temblor, silenciosa soledad y un largo espacio de tiempo” (Kierkegaard). Así oraba S. Juan de la Cruz: “Si Tú, en tu amor, oh buen Jesús, no suavizas el alma, siempre perseverará en su natural dureza”.

1.- Dos observaciones preliminares

- El perdón no pertenece al orden jurídico, ni siquiera al plano del derecho. La sola idea de un derecho al perdón destruye el perdón. Al margen de toda legalidad el perdón es un don gracioso del ofendido al ofensor. El perdón pertenece a una economía del don, en virtud de la lógica de la superabundancia que lo articula y que es preciso

oponer a la lógica de la equivalencia que preside la justicia; desde este punto de vista el perdón es un valor no solo supra-jurídico, sino supra-ético.

El cristianismo pretende enmarcar toda experiencia humana en la perspectiva de la economía del don. Todo es gracia. La creación, el sacrificio de Cristo, fuente del perdón: “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5, 17, 20). Todas las fuentes de la gracia brotan de la noche de la cruz de Cristo. Florezco sobre el sepulcro de Dios que ha muerto por mí; echo mis raíces en la tierra de su carne y de su sangre. Por eso el amor cristiano no puede ser de una naturaleza distinta a la suya: “Si Dios nos amó así, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1Jn 4, 12). El mandamiento nuevo (Jn 13, 34) revela una lógica de la sobreabundancia que se opone polarmente a la lógica de la equivalencia que gobierna la moral cotidiana.

- Un texto fundamental del evangelio de San Marcos que nos habla del conocimiento del misterio del Reino de Dios nos introduce en esta reflexión con la que intento presentar el perdón como una expresión y exigencia de la vida cristiana: “A vosotros se os ha comunicado el secreto del reino de Dios; en cambio los de fuera, todo eso lo van teniendo en parábolas” (4, 11).

El fin de la catequesis de Marcos es hacer pasar de una situación de fuera, en la que el misterio del reino aparece a través de enfoques sociológicos y fenomenológicos, pero que no se penetra en su sustancia, a la situación de dentro. En el Nuevo Testamento se encuentra con frecuencia la expresión de fuera para indicar a quien no participa del conocimiento interior del misterio del reino, o sea, de la fe. La expresión incluye no sólo a los no bautizados, sino de hecho a todos aquellos para los que los misterios del reino de Dios y de la Iglesia son todavía algo exterior, en los que no se participa desde dentro, con los que no se identifica uno, hasta el punto de que todo parece enigmático.

Es necesario entrar con valentía en el interior de este misterio para identificarse con él. S. Marcos subraya la ignorancia de los discípulos. En seis textos Marcos descubre las actitudes que impiden comprender el misterio del Reino. Reconocerlas permite al discípulo escuchar al médico Jesús, del que tienen necesidad no los sanos sino los enfermos (Mc 2, 17).

2.- Cuatro escenas

- Caín mata a su hermano Abel: “Dijo Caín a Yahvé: Puesto que me arrojas hoy de la tierra cultivable, oculto a tu rostro habré de andar fugitivo y errante por la tierra, y cualquiera que me encuentre me matará. Pero Yahvé le dijo: Si alguien matare a Caín, será siete veces vengado. Puso pues Yahvé a Caín una señal, para que nadie que le encontrara le hiriera” (Gn 4, 14-15).

- La mujer adúltera: “En la ley nos enseña Moisés apedrear a éstas. Tú ¿qué dices?... Les dijo: El que de vosotros esté sin pecado arrójele la piedra el primero... Jesús le dijo: Tampoco yo te condeno; vete y no peques más” (Jn 8, 5. 11)

- “Jesús en la Cruz decía: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34).

- La fiesta en la casa del Padre cuando vuelve el hijo pródigo: Que el padre del hijo pródigo acoja al arrepentido en su casa, es justo y se comprende. Pero abrazarlo, ponerle el mejor vestido, matar al novillo cebado y celebrar un festín en honor del arrepentido, ahí tenemos la inexplicable, la injusta, la misteriosa fiesta mayor del Perdón.

3.- Una promesa

“Yo pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Todos me conocerán desde los pequeños a los grandes porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados” (Jr 31 33-34).

“Os aspergeré con aguas puras y os purificaré de todas vuestras impurezas, de todas vuestras idolatrías. Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo. Os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu y os haré ir por mis mandamientos y observar mis preceptos y ponerlos por obra. Entonces habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres, y seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ez 36, 25-28).

4.- Una realidad: “El reinado de Dios está a vuestro alcance” (Lc 17, 21).

Jesús anuncia la llegada del reino de Dios; para acogerlo es necesaria la conversión. El Reino del que Jesús habla contrasta con la realidad

humana de miserias, discordias, injusticias, de esclavitud opresora y lacerante.

Jesús quiere que los suyos formen un grupo humano que haga patentes en el mundo las relaciones de una nueva sociedad. Su comunidad debe ser el germen de una humanidad nueva. La transformación de la sociedad se efectuará mediante la comunicación de una vida (el Espíritu) que superará incluso la muerte.

La comunidad cristiana es la familia de los hijos de Dios, la nueva familia de Jesús. La nueva familia la componen todos los que están dispuestos a aceptar el Reino y hacer así la voluntad de Dios: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Mirando a los que estaban en torno suyo añadió: Aquí tenéis mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios ése es mi hermano y hermana y madre” (Mc 3, 31-35).

La estructura contrastante del Sermón del Monte aparece en la invitación a la renuncia total a la violencia: “Os han enseñado que se mandó: Ojo por ojo, diente por diente (Ex 21, 4). Pues os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos; al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda.

Os han enseñado que se mandó: Amarás a tu prójimo (Lv 19, 18) y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos... Sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo” (Mt 5, 38-45. 48).

Dejemos que resuenen otra vez en nuestro corazón las palabras de Jesús del Sermón del Reino del evangelio de Lucas: “A vosotros, los que me escucháis, os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os maltratan. Al que te pegue en una mejilla, preséntale también la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica; a todo el que te pide, dale y al que se lleve lo tuyo no se lo reclames... Amad a vuestros enemigos, haced el bien prestad sin esperar nada: así tendréis una gran

recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bondadoso con los desagradecidos y malvados. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6, 27-36).

Jesús propone un modo de vivir que refleje el modo de ser de Dios, que es amor. Si algo caracteriza a las bienaventuranzas es que son el modo de vivir de Dios – y de Jesús- y la manera de abrimos a su voluntad, renunciando al estilo del mundo. Su reino no es de este mundo y, aunque está en este mundo, no se corresponde con las estructuras de este mundo. Donde irrumpe el Reino de Dios, allí donde ya resplandece, tienen vigencia otras leyes. En las palabras de Jesús, a la simetría de la ley tradicional –ojo por ojo, diente por diente- característica de la justicia natural, se opone una asimetría: amad a vuestros enemigos. La justicia consiste en devolver al otro lo que le debo; la misericordia lo que no le debo. La misericordia da sin calcular. La ley nueva hace volar en pedazos la sabiduría y la medida de la ética tradicional. Amar a quienes nos aman, detestar a quienes nos detestan, pagar a cada uno, como merece, con la misma moneda, devolver golpe por golpe y diente por diente, eso está al alcance de las almas de hierro y de plomo. No es rebasar la justicia del talión. La gracia comienza con la demasía. Si hacéis el bien a quienes os hacen daño y si bendecís a quienes os maldicen, sin esperar nada a cambio, muy bien. En estos quiasmas se abren paso las disimetrías paradójicas, sobrenaturales y milagrosas de la caridad. Es natural saludar a los ciudadanos honorables, pero es sobrenatural saludar al borracho y al miserable que nos ha traicionado.

El mandamiento del amor (Mt 5, 43-47), que cierra la serie de las seis antítesis y constituye el vértice de ellas, indica claramente que no es uno más entre los muchos mandamientos, ni es solo un mandamiento de primera clase, sino que constituye el principio decisivo desde el que hay que juzgar y vivir la Ley del Sinaí. Desde la perspectiva del mandamiento del amor cambian todos los contenidos de la ley. El amor es la condición que caracteriza al cristiano, lo que lo identifica y distingue: “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si tenéis amor unos para con otros” (Jn 13, 35).

La Iglesia, como sociedad contrastante de Dios, tiene la obligación de hacer visible en el mundo el orden social del sermón del monte. En eso piensa Mateo cuando habla de los discípulos como sal de la tierra, luz del mundo y ciudad sobre el monte (5, 13 ss). Las comunidades

cristianas ¿son verdaderamente sociedades contrastantes divinas en cuya forma distinta de ser puede resplandecer el Reino de Dios? ¿No ha estado la Iglesia española demasiado silenciosa entre tantas declaraciones y manifestaciones sobre el modo de tratar a personas que han hecho el mal?

Jesús invita a la reconciliación incondicional: “Siendo a presentarte tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano; vuelve entonces y presenta tu ofrenda” (Mt 5, 23-24).

Él insiste en la necesidad de perdonar siempre: Dios no perdona al que no perdona. Pedro pregunta a Jesús: “Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tendré que perdonar? ¿siete veces? Jesús le contestó: Siete veces no, setenta veces siete” (Mt 18, 21-22). La razón se expone en la parábola siguiente donde se muestra a un Dios dispuesto a perdonar aun las mayores faltas del hombre: “Por esto el reinado de Dios se parece a un rey que quiso saldar cuentas con sus empleados... El rey perdona al que le debía muchos millones. Pero el perdonado no es capaz de perdonar a un compañero suyo que le debía algún dinero... ¡Miserable! Cuando me lo suplicaste te perdoné toda aquella deuda. ¿No era tu deber tener también compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? Y su señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda su deuda. Pues lo mismo os tratará mi Padre del cielo, si no perdonáis de corazón, cada uno a su hermano” (Mt 18, 23-35). La única petición del Padre nuestro que Jesús comenta al terminar la oración se refiere al perdón: “Pues si perdonáis sus culpas a los demás, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas” (Mt 6, 14).

El perdón no es una condición previa de la vida nueva, sino uno de sus elementos esenciales. Cristo es el Redentor, el cordero que quita el pecado del mundo. El cristiano, como siempre es perdonado, debe perdonar siempre, y perdonar por amor, como Cristo, como el Padre. Una sociedad reconciliada es imagen de Dios que reconcilia, del Dios revelado por Jesús, al que no hay que ofrecer expiación porque Él toma la iniciativa reconciliante. “En esto está el amor: no en que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10).

El hombre no tiene que afanarse por aplacar a Dios, por hacérselo propicio; puede estar siempre seguro de ser acogido: “cuando estábamos sin fuerzas, entonces, en su momento murió Jesús por los culpables; el Mesías murió por nosotros cuando éramos aún pecadores: así demuestra Dios el amor que nos tiene” (Rm 5, 6.8).

5.- ¿Cómo es posible?

El amor cristiano es amor recibido y ofrecido, es Su amor, el amor divino al mundo. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5, 5). Amar con el amor de Dios es amar “como Jesús nos ha amado” (Jn 15, 12).

La fe en Jesús se encarna en una forma de vivir que reproduce la forma y el estilo de vivir que Jesús ha instaurado como realización del Reino de Dios, expresados en las Bienaventuranzas. Creer o seguir a Jesús es venir a Él, estar con Él, oír su voz, recibir su testimonio y así vivir de su misma vida. El discípulo es admitido al mundo interior de Jesús e introducido espiritualmente en él.

El seguimiento no consiste sólo en asumir una doctrina, sino en hacer propia la realidad interna de Jesús, en tener su mismo Espíritu. La comunidad de Espíritu con Jesús crea con El una comunión vital que Juan formula con la conexión de los sarmientos con la vid (Jn 15, 1-4). La Iglesia, Esposa de Cristo (Ef 5, 22-23), es el cuerpo de Cristo. La expresión sugiere la profunda unión con Cristo por el Espíritu. Los cristianos formamos el cuerpo de Cristo (1Co 12, 4-12; Rm 12, 4-13), del que el Señor es la Cabeza. Cabeza y miembros formamos un solo Cristo: “Vosotros todos sois uno solo en Cristo Jesús” (Ga 3, 28). Formamos con Cristo un solo ser, “como una sola persona mística” dirá Santo Tomás. La vida cristiana es vivir de Cristo y para Cristo. Cristo permanece siempre con los discípulos estando en ellos: “Ahora estáis en Cristo Jesús” (Ef 2, 13). Por eso “si vivimos, para el Señor vivimos y si morimos, morimos para el Señor. Sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos” (Rm 14, 7-8). Somos de Cristo pues “hemos sido redimidos a precio de la sangre preciosa de Cristo” (1P 1, 18-19) y “hemos sido bautizados en su nombre” (1Co 1, 13). El cristiano “pertenece al Resucitado de entre los muertos, para que produzca frutos para Dios” (Rm 7, 4). Pablo decía de sí mismo: “Ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo

de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2, 19-20). Para mí la vida es Cristo (Fl 1, 21). Jesús es la puerta de la fe (Hch 14, 27) que nos da entrada a la Vida verdadera, pues “por Él unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu” (Ef 2, 18).

Creer en Jesús es hacerse imitador del Señor (1Ts 1, 8). Imitar al Señor significa reproducir en la vida sus gestos y palabras, “tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús” (Flp 2, 5). La adhesión a Jesús y la participación de su Espíritu hacen al hombre cada vez más semejante a Jesús. El Espíritu, la fuerza de amor de Dios mismo, identifica al hombre con Jesús y con el Padre. Dios-Espíritu impulsa al hombre desde dentro para que llegue a ser como Él. El que sigue a Jesús ama siendo uno con Él y con el Padre (Jn 17, 21-23). Somos uno con Jesús y con el Padre. Dios nos ha hecho uno consigo. Nuestro ser es su ser, nuestro espíritu está enraizado en su Espíritu. Así, amamos a los hombres “con y como” Dios, “con y como” Jesús. “Sellados por el Espíritu de Dios, nada de brusquedad, coraje, cólera, voces ni insultos; desterrad eso y toda inquina. Unos con otros sed agradables y de buen corazón, perdonándoos mutuamente como Dios os perdonó por Cristo” (Ef 4, 30-31). Se vive la fe como el crecimiento progresivo de la propia existencia en la existencia de Cristo. Ya no se trata de obedecer a Dios o a Jesús sino de ser como ellos. Ser Jesús para los demás, les pedía la madre Teresa a sus religiosas, y amar a los pobres más pobres, a los que nadie quiere.

El malvado es un pobre hombre como cada uno de nosotros, solitario como todos nosotros e infinitamente más solo todavía, un pobre hombre culpable que necesita nuestra ayuda. La propia maldad es una desdicha. Es lo que sobreentiende la maravillosa dulzura del perdón. El perdón traduce nuestra irresistible y fraternal simpatía por la miseria humana. El perdón cuchichea en voz baja: También yo soy pecador. Soy como vosotros débil, falible y miserable. Existe un principio de orgullo en el rigor de quien no perdona; rechazar el perdón es recusar cualquier semejanza, cualquier fraternidad con el pecador. ¡Compadezcámonos de la profunda desgracia de ser malvado!

El amor del malvado no es el amor de la maldad de ese malvado, sino el amor del hombre mismo, pero del hombre más difícil de amar. Cuando el amado queda completamente desprovisto de cualquier cualidad amable, cuando ninguna esperanza de enmienda está a la

vista, el amor sin razones a un amado sin atractivo es el amor a la pura hominidad del hombre, a la mismidad desnuda de su persona. El que perdona, lejos de aceptar el mal, decide negarlo por la sola pureza de su amor silencioso; lejos de amar al culpable a causa de su culpa, perdonándole a pesar de su culpa, perdona al culpable a causa de su culpa y le quiere a pesar de esa culpa. El que perdona ama al malvado que, al fin y al cabo, es un hombre, se las ingenia para reconocer al pobre hombre en ese culpable y la miseria de la condición humana en ese pecado.

5. ¿Qué debemos hacer?

Pablo quería para sus comunidades el don del discernimiento para que llegaran a “conocer la voluntad de Dios” y así poder realizar “lo que agrada al Señor”. Exhortaba a los cristianos a “no acomodarse al mundo, sino dejarse transformar con la nueva mentalidad” (Rm 12, 1-2). Caminar por la vía del discernimiento es caminar en la vida por el camino de la luz. Los hijos de la luz se contraponen a los hijos de las tinieblas que “tienen encallecido el corazón, perdida toda sensibilidad” (Ef 4, 18).

El cristiano debe realizar una verdadera metamorfosis interior que conlleva una nueva sensibilidad: “Nosotros tenemos la mentalidad de Cristo” (1Co 2, 13). A los cristianos se les pide “despojarse de la vieja condición humana, cambiar la actitud mental y revestirse de la nueva condición creada a imagen de Dios” (Ef 4, 22-23). “Despojaos del hombre viejo con todas sus formas y vestíos del nuevo que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto según la imagen de su creador” (Col 3, 9-10). “Revestíos del señor Jesús y no deis pábulo a los bajos deseos” (Rm 13, 14), porque “cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo” (Ga 3, 27). “Lo que responde a la realidad de Jesús es cambiar la actitud mental y revestirse del hombre nuevo creado a imagen de Dios, con la rectitud y santidad propias de la verdad” (Ef 4, 24). Es lo que pide Pablo para los cristianos en una de sus más bellas plegarias: “Esto pido en mi oración: que vuestro amor crezca todavía más y más en penetración y sensibilidad para todo; así podréis vosotros acertar con lo mejor y llegar genuinos sin tropiezo al día del Mesías, colmados de ese fruto de rectitud que viene por Jesús Mesías, para gloria y alabanza de Dios” (Flp 1, 9-11).

Algunas consideraciones finales:

El mandato del amor está fundado en el ser de la iglesia como cuerpo de Cristo. Como miembros del cuerpo místico nos tocamos. En cada hombre Cristo nos sale al encuentro. Detrás de cada uno está la entrega de Dios hasta la muerte; por eso posee realmente un valor eterno por Dios. “Todo lo que les hago es como si lo hiciera por él. Este es el único móvil y la alegría de mi vida: amarle y servirle a El en los pobres y oprimidos, en los hambrientos, en los desnudos, en los que no tienen casa. Obrando así proclamo el amor y la compasión de Dios por cada uno de mis hermanos que sufren” (M. Teresa).

Ninguna situación es desesperada; ningún culpable es malvado de los pies a la cabeza y hasta la médula. En la famosa entrevista el Papa Francisco nos confiesa una convicción: “Por mi parte, tengo una certeza dogmática: Dios está en la vida de toda persona. Dios está en la vida de cada uno. Y aun cuando la vida de una persona haya sido un desastre, aunque los vicios, la droga o cualquier otra cosa la tengan destruida, Dios está en su vida. Se puede y se debe buscar a Dios en toda vida humana. Aunque la vida de una persona sea terreno lleno de espinas y hierbajos, alberga siempre un espacio en que puede crecer la buena semilla. Es necesario fiarse de Dios”.

El que perdona, devolviendo el Bien por el Mal, vence el mal con el bien. El Sermón del monte, prescribiendo que tendamos la otra mejilla, parece que, en vez de nivelar el injusto saliente, lo duplica; pero, al agravar la disimetría y el desequilibrio, los sana. La justicia necesita mucho tiempo para conseguir lo que el amor logra en unos momentos.

El puente para el amor a los hermanos en el sentido de Cristo lo constituye el hecho de que Él ha realizado para cada uno lo que ha hecho por mí. En la Cruz ninguno está más lejos de Cristo que los otros. “Gracias al Mesías Jesús, vosotros, los que antes estabais lejos estáis cerca por la sangre del Mesías, porque Él es nuestra paz: Él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad, aboliendo en su vida mortal la ley de los minuciosos preceptos; así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad” (Ef 2, 13-16).

“La inclinación a amar al hombre por amor a Dios ha de recibir su medida, su finura, su grano de sal y su partícula de ámbar de una inclinación superior: quienquiera que haya sido el hombre que por vez primera tuvo ese sentimiento y esa vivencia, y aunque acaso su lengua balbucease al intentar expresar semejante delicadeza, ¡continúe siendo para nosotros para todos los tiempos santo y digno de veneración, pues es el hombre que más alto ha volado hasta ahora y que se ha extraviado del modo más hermoso!” (Nietzsche).

“A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición” (S. Juan de la Cruz).

LA PERSONALIZACIÓN DE LA FE

Una experiencia para la nueva evangelización

Rev. Aragón. Teol. 39 (2014)

M. PILAR MOLLAT, M. ÁNGELES LEAL,
MANUEL VELA, LOLA ROS,
SANTIAGO ALONSO Y J. IGNACIO BLANCO

...una larga travesía por el desierto

Hacemos memoria y sabemos bien que el camino recorrido es, de alguna forma, historia de salvación, historia de alianza y elección, historia de promesa y gracia. Esa es la experiencia del cristiano que ha vivido su proceso personal a la luz de la Palabra, en la comunidad eclesial, marchando cada día, codo a codo, con muchas personas que viven y luchan por encontrar la felicidad, la plenitud, la paz..., el sentido, “la tierra prometida”.

Nuestra experiencia se remonta a los años ochenta. Gracias al Concilio Vaticano II, ya habíamos tocado la Palabra y buscábamos, sin saberlo, horizontes nuevos para vivir la fe y comunicarla. En aquel momento, algunos de nosotros, por diversos caminos, conocimos la “personalización de la fe”, de la mano del padre Javier Garrido, OFM. Era un discurso que “sonaba bien”, parecía “distinto”, pero, sobre todo, era liberador. Hoy es habitual hablar de “personalizar” la fe, pero entonces no era común.

Entendemos por “personalización de la fe”, aquel proceso, basado en la Escritura y en la experiencia de muchos cristianos a lo largo de la historia, que conocemos gracias a la tradición viva de la Iglesia, mediante el cual pasamos de una fe “heredada”, “sociológica” o, sencillamente, de una religiosidad, a una fe “personalizada”, es decir, hecha nuestra desde la experiencia de encuentro con Dios y con su Gracia.

“La personalización es un itinerario espiritual que acompaña, discierne y describe el proceso de transformación del cristiano. Sus tres etapas (Iniciación, Fundamentación y Seguimiento) se vertebran so-

bre la vida teologal. Se aplica a la evangelización centrada en la experiencia del Dios de la Nueva Alianza. Es un intento de síntesis renovada entre la tradición teocéntrica y la modernidad antropocéntrica. Sus mediaciones principales: la Palabra, la dramática existencial y el discernimiento integral. Su propósito último: ofrecer un marco adecuado para la espiritualidad cristiana de la vida ordinaria”⁸².

“Asimilación” y “personalización”

Bajo estos dos conceptos se esconden dos modelos de formación y de crecimiento en la fe. Por aquél entonces y, aún hoy, en algunos ambientes y, sobre todo, gracias a los abuelos, la mayoría fuimos iniciados en la fe bajo los rasgos del modelo de asimilación que parte de unos contenidos doctrinales y prácticos, que la persona hace suyos al sentirse identificada con la ideología de un determinado grupo. Ofrece una cosmovisión y un sentido a la existencia.

El sistema ideológico no es meramente teórico, pues despierta el deseo (la afectividad) y dinamiza las mejores energías. La asimilación consiste en que los valores evangélicos lleguen a ser ideales de vida. La garantía de que la asimilación es real la da la coherencia práctica, es decir, la conducta concorde con los ideales.

Las instituciones más conservadoras acentúan la asimilación mediante el aprendizaje de hábitos de conducta y actitudes, con poco margen para la iniciativa personal. En otras encontramos un clima más dialogante y abierto, pero la persona ha de mantenerse en el marco preestablecido de la ideología común.

La asimilación responde a la necesidad del adolescente de despertar al sentido de la vida desde un ideal elevado. En este sentido es una buena base para el proceso de personalización. Hoy, en la sociedad postmoderna en que vivimos, la evangelización echa en falta el deseo, el interés vital por valores incondicionales, que puedan sostener la búsqueda de sentido. El riesgo de la asimilación es, precisamente, no salir de ella, no crecer como persona y como creyente, ya que la libertad no pasa de ser responsabilidad ante la ideología en la que se vive.

82 J. GARRIDO, *Evangelización y espiritualidad*, Sal Terrae 2009, 31.

La personalización es un proceso de transformación que se organiza en torno al sujeto en cuanto que éste se hace protagonista de su propia historia, sin desechar lo que tiene de valioso la asimilación, especialmente en el periodo inicial de formación. Supone por tanto un sujeto adulto, dispuesto a vivir en proceso, en búsqueda, ya que el paso de la ideología a la fe se produce cuando la fe deja de ser un sistema de verdades que exigen adhesión, y el creyente se encuentra con el Dios vivo y, en la escucha de su Palabra, descubre el sentido de su ser.

El proceso de personalización se desencadena cuando la persona vive un distanciamiento crítico entre las identificaciones anteriores y la búsqueda de sí mismo. Esta búsqueda se da en el interior del sujeto cuando es capaz de tomar la vida en las manos de forma irrenunciable y fuera de sí, dejándose interrogar, afectar, por la vida, por los otros y por el Dios personal y absoluto. Es en esta búsqueda donde la persona se percibe a sí misma en su unicidad y libertad, ante la decisión de ser más allá del saber, tener, valer o poseer y descubre el subsuelo antropológico de la fe: la llamada personal a la relación con el Dios vivo.

Claves de la personalización

Las claves de la personalización expresan los puntos neurálgicos que configuran este modelo de educación en la fe. Ofrecemos algunas, las más significativas, aunque no están todas. Las siguientes permiten descubrir las intencionalidades de este proyecto formativo. Por ello, es imprescindible captarlas en su conjunto, unitariamente; si se escogen fragmentariamente se llega a reducir el modelo a una parte; por ejemplo, si se reduce la personalización a la atención personalizada o a la internalización de valores mediante amplios tiempos de reflexión, lo que se está haciendo, en el fondo, es asimilación sin más.

I. Autenticidad

Es la primera clave de este modelo (por empezar por algún sitio, no es la primera en importancia; recordamos que hay que captarlas en su conjunto).

“Auténtico” es el que toma la vida en sus manos como algo suyo, irreductible, y no subordina su libertad intransferible a sistemas de seguri-

dad, por más garantía de objetividad que tengan. Fidelidad a sí mismo por encima del “rol” o papel, por encima de la necesidad de dar una imagen de sí mismo que sea valorada (realidad que también se da en la Iglesia con más frecuencia de lo que pensamos). La pregunta decisiva no es si me porto bien o mal, sino si lo que hago es, en verdad, mío.

2. Proceso

Hablar de proceso significa percibir lo “trascendente” desde dentro y desde abajo, en el corazón mismo de nuestra historia y de nuestra realidad porque a ella ha descendido Dios mismo.

Una espiritualidad vertebrada sobre la idea de proceso ha de dar máxima importancia a las etapas del mismo. Cada una de ellas subdivide a su vez en momentos clave que el que acompaña debe discernir. Sería negativo ofrecer el proceso antes de la juventud adulta.

2.1. Iniciación.

La personalización comienza con la crisis de autoimagen, cuando la persona experimenta que sus identificaciones (deseos ideales de autorrealización, sean humanistas o religiosos) chocan con la realidad externa o interna. Se produce la fractura entre el ideal del yo y el yo real. Se manifiesta en que el joven se siente insatisfecho con lo alcanzado o se encuentra con un educador o acompañante que puede suscitar y acompañar su búsqueda.

Es momento de observar si la persona llega a este momento con un buen equipamiento psicológico, existencial y espiritual o bien necesita **estructurarse**, ya que puede presentar desajustes notables que condicionen el proceso.

Aún en el caso de que se dé un buen equipamiento, es necesario aprender a **integrar** diversas bipolaridades que atraviesan la existencia humana: ideal y realidad, integración de necesidades y liberación de necesidades, fe y vida, amor de alianza con Dios y diversas experiencias afectivas, finitud y esperanza cristiana...

Segunda etapa de la personalización, constituye el eje de todo el proceso, culminación de la Iniciación y plataforma del Seguimiento.

La pedagogía de la etapa se concentra en la experiencia fundante o “nuevo nacimiento” (cf. Jn 3). Dios toma la iniciativa del proceso y transforma el corazón de cada persona, de modo que experimenta la Gracia salvadora, fuente de una nueva vida, la de los hijos de Dios. El ser entero es reorientado teologalmente (cf. Rm 8).

En la Iniciación, la fe es personalizada. En Fundamentación, es la fe la que personaliza. En Iniciación, el proceso depende de que la libertad llegue a ser autónoma, de modo que pueda construirse el yo personal, protagonista de todo crecimiento. En Fundamentación, la autonomía es convertida en obediencia por obra del Espíritu Santo.

La vida no consiste en desarrollar capacidades, ni siquiera en lograr un equilibrio personal, sino en darle sentido. En la existencia humana hay dos modos de **unificar** el sentido: los valores/causas y el amor interpersonal. La personalización opta por dar sentido a la vida, primordialmente, desde la relación afectiva con el Dios vivo.

Fundamentar, expresa el salto cualitativo que se da en el proceso: de ser en sí a ser en Dios, actuado por su Espíritu Santo. Entrada, pues, en la vida teologal.

2.3. Seguimiento.

Esta etapa consiste en hacer el camino de Jesús aprendiendo a ser verdaderos discípulos. La personalización traza una especie de contrapunto:

- Por un lado, se supone que la vida teologal naciente con la Fundamentación “da órganos” para entender el estilo desconcertante del reino en Galilea y la sabiduría de la Cruz.
- Por otro, propone recorrer el mismo camino histórico que recorrieron los discípulos desde Galilea hasta Pentecostés.

La razón de esta pedagogía es que quiere ser realista: la vida teologal iniciada necesita ser configurada y madurar en la tensión escatológica que Jesús vivió en su misión desde el principio. Así, el gran secreto de la etapa estriba en la relación afectiva con Jesús, que nos va transformando en verdaderos discípulos al caminar tras sus pasos desde Galilea a Jerusalén.

El Reino en Galilea. Es momento de retomar el deseo que ahora se renueva y ensancha con la llamada a seguir a Jesús e incorporarse a su proyecto del Reino. La vida teologal iniciada se consolida confrontándose con las palabras, los hechos y el ser de Jesús. Cada tema del reino se constituye en pedagogía de crecimiento.

Jerusalén. La subida a Jerusalén, en concreto la confesión de fe de Pedro en Cesarea de Filipo escenifica el paso, la llamada a entrar en la sabiduría de la Cruz, a vivir la fe purificada del deseo, a seguir a Jesús desde el amor de fe.

Resurrección y Misión. La resurrección nos da la clave de todo el itinerario de la personalización: el proceso de Cristificación, en el entre-tiempo de la Iglesia que es el tiempo de la misión, de dar paso al señorío del Resucitado, haciendo memoria de su camino, bajo la acción del Espíritu⁸³.

3. Experiencia de la condición humana

La personalización sólo se entiende cuando conlleva la transformación de la persona. Conversión en sentido estrictamente bíblico (cambio de mentalidad que brota de la experiencia del encuentro con Dios). Conversión que, cabalmente, supone experimentar la densidad de la realidad, con sus luces y sus sombras, con sus gozos y dolores, con sus logros y frustraciones, a niveles cada vez más hondos.

La educación en la personalización obliga a hacer la aventura humana, la aventura de llegar a ser hombres y mujeres en plenitud, hasta el final y sentir el escándalo de Dios que quiso hacerse hombre y compartir todo con nosotros.

Algunos temas se hacen especialmente significativos:

- * Romper la imagen infantil de Dios ligada a nuestros deseos imaginarios y hacerlo sin conflictos.

- * Experimentar que el camino del Reino no responde a nuestras expectativas y deseos. Esto conviene aplicarlo a las metas que uno se pone de perfección individual, a las ambigüedades de la Iglesia, a la mediocridad de nuestras instituciones, a la ineficacia de los valores cristianos en la sociedad...

83 Cf. J. GARRIDO, *Evangelización y espiritualidad*, Sal Terrae 2009, cap. 3.

* El encuentro con la densidad del mal y del sufrimiento en todas sus formas.

* Las contradicciones insalvables de la condición humana y, entre ellas, el pecado como experiencia global, como poder de muerte que pone al descubierto la mentira existencial, el egocentrismo, la auto-justificación...

La formación en clave de personalización da máxima importancia a las crisis, ya tengan un carácter irruptivo o gradual, porque es ahí donde la persona tiene la oportunidad (que la aproveche o no es decisión de la persona) de aprender a no huir de lo real y a liberarse de la necesidad de controlar y objetivar la existencia. Tal es el ámbito propicio para lo que constituye el núcleo del proceso de personalización: la experiencia fundante.

En este sentido, las raíces que inspiran este modelo no pueden ser más tradicionales porque, aunque sea con distinto nombre, las han percibido los grandes creyentes de toda la historia. Sin esta verdad de la existencia, todo edificio espiritual se construye sobre arena. La diferencia entre asimilación y personalización está en que la asimilación es protectora y paternalista; la personalización obliga a la maduración humana y espiritual, simultáneamente.

4. Visión integral

La percepción de la persona humana en su ámbito moral y espiritualista formó parte de la educación religiosa hasta el Concilio Vaticano II. A partir de entonces, y por aceptación de las aportaciones de las ciencias humanas fundamentalmente, se considera a la persona constituida por tres ámbitos a los que se les da nombres diversos, pero que coinciden en su realidad: dimensión humana; dimensión existencial; dimensión espiritual. El problema se plantea a la hora de articular esas dimensiones.

El modelo de personalización trata de afrontar los problemas, crisis y vivencias en una visión integral de las tres dimensiones de la persona humana: dimensión humana; dimensión existencial; dimensión espiritual. Para ello, comienza por un discernimiento diacrónico, es decir, situando esa situación que la persona vive en el conjunto de su proceso personal global a lo largo de su historia. Pero, a la vez, hace

un discernimiento sincrónico. En vez de analizar por separado cada dimensión de su proyecto de vida, interrelaciona todas las dimensiones a través de una lectura de la experiencia vivida en sus diversos niveles: psicológico, social, existencial, espiritual, desde el convencimiento de que la experiencia es vivida por la persona en su globalidad y todas sus dimensiones son afectadas por dicha experiencia. Por ello, todas las dimensiones han de aprovechar los frutos del crecimiento puesto que Dios establece una relación con nosotros en nuestra globalidad, no solo en la dimensión espiritual. Es sugerente la experiencia que San Pablo cuenta en su 2 Cor 1, 3-11: cómo, a partir de una amenaza de muerte que él experimenta con gran angustia (dimensión existencia), consigue ahondar más en su confianza en Dios y de gratitud a Él (dimensión espiritual), con lo cual le baja el nivel de ansiedad psíquica y, por consiguiente, consigue un mayor nivel de relajación física (nivel biopsíquico).

5. Autonomía y gracia

La palabra “personalización”, como autorrealización, proceso o proyecto, pertenece más a un lenguaje antropológico que a uno moral o religioso. ¿Por qué no hablar mejor de conversión y salvación en Dios? Al fin y al cabo la formación para ser cristiano presupone que la autonomía del hombre es relativa ya que, en definitiva, la autonomía del hombre ha de ser regida por Dios y, en consecuencia, todo proceso de personalización, auténticamente cristiano, se llama obediencia de amor.

En el fondo de la cuestión está el problema de la autonomía del hombre, por un lado necesaria, y la gracia de Dios que, gratuitamente, nos salva, liberándonos de lo que nos impide ser auténticamente hombres o mujeres en plenitud. Aquí radica el problema, certeramente percibido y expresado por San Pablo en su Carta a los Gálatas: o me apoyo en mis propias fuerzas para ser cristiano (y, por ello, santo) o me fundamento en la Gracia libre de Dios con el consiguiente riesgo de fiarme radicalmente de Él. Si me apoyo en mis fuerzas, la liberación no llega nunca (sigo cayendo en los mismos errores, pecados; cada vez que me confieso es de lo mismo, no me veo avanzar ...); si me arriesgo a confiar en la Gracia justificadora de Dios que no solo me justificó, sino que además me liberó en Jesucristo, entonces yo ya no necesito

justificarme. Obediencia de amor que, lejos de anular mi libertad, la lleva a límites insospechados; pues encuentra su mayor realización en hacer la voluntad de la persona Amada. ¿Quién no ha experimentado, si alguna vez ha querido a alguien a fondo perdido, que hacer lo que agrada a la persona amada es lo que más libremente desea y, al mismo tiempo se siente más libre?⁸⁴

Taller para acompañantes

En el curso 1999-2000, Garrido convoca un taller para “directores espirituales”, que en ediciones posteriores se ha venido llamando taller para “acompañantes”. Se trata de capacitar a los que van a acompañar los procesos de personalización, tanto a nivel grupal como individual. En Zaragoza nos encontramos tres personas que habíamos hecho el taller en diferentes ediciones y nos parecía interesante ofrecer el modelo.

Así nos atrevimos a ofrecer un “taller para acompañar procesos de fe”, que echó a andar el curso 2004-2005, con apoyo eclesial, que hasta ahora hemos desarrollado una mañana de sábado al mes, en el CRETA. Hasta hoy hemos realizado tres talleres y este curso 2013-2014, en octubre, comenzó su cuarta promoción. A lo largo de estos años han concluido el taller 62 personas y están realizando el actual 27 personas.

La valoración de los responsables del taller es muy positiva, pudiendo afirmar que la realización del taller ha supuesto un cambio cualitativo en la vida de fe de los participantes, muchos de ellos están ya comprometidos en sus comunidades cristianas, animando otros grupos, ya sea en el ámbito de la evangelización y catequesis, como en el de la caridad y la liturgia.

Al finalizar el primer taller, los participantes demandaron seguir profundizando en algunos aspectos de práctica pastoral que se planteaban a lo largo del taller. Así surgió lo que en los últimos seis años ha sido el:

☒ **“Taller de Práctica Pastoral”**, en el que se han trabajado as-

84 Cf. J. GARRIDO, *Proceso humano y gracia de Dios*, Sal Terrae 1996, cap. 4.

pectos prácticos de acompañamiento como la iniciación a la oración, el estudio de casos, la entrevista... En este taller han participado las dos primeras promociones del “taller para acompañar procesos de fe”.

Asimismo, de la evaluación del último taller han surgido dos iniciativas importantes, que parten de necesidades concretas que muestran las personas que han realizado la última edición del taller para acompañar procesos de fe:

- ☒ **“Sábados en el Monasterio”**. Un ámbito para rezar y aprender a rezar, en el Monasterio de la Resurrección, para buscadores de silencio, de espacios para la contemplación, de pistas para la oración, de sugerencias para el crecimiento espiritual.
- ☒ **Formación para una pastoral de los “previos a la fe”**, dirigida a las personas que han hecho los talleres de personalización, pues en los talleres no se ha tratado de forma específica esta temática de los “previos a la fe” y también a los que están interesados en la evangelización en ámbitos de frontera, o en el acompañamiento de grupos y personas que se encuentran “en los previos” a la fe y que requieren una formación específica.

Esta formación está siendo impartida, este curso, en tres fines de semana, en Zaragoza por Javier Garrido. Es un primer paso para comenzar una pastoral evangelizadora con los “buscadores”, en el marco de lo que Benedicto XVI concibe como “Patio de los gentiles”.

Una pastoral para “buscadores”

Hoy, sentimos un cambio de paradigma en la transmisión de la fe, ya que gran número de personas, muchas bautizadas, no han completado su iniciación cristiana y otras muchas viven en ambientes no sólo secularizados, sino refractarios a cualquier alusión a lo trascendente. Si embargo, también encontramos otros muchos que “buscan” respuestas de sentido en “ofertas de sabiduría”, no necesariamente religiosas.

Ante estos retos, es urgente evangelizar a la gente que se ha alejado, agnósticos, que no creen y, sin embargo, no encontramos en la

Iglesia una oferta suficiente para una pastoral de los “previos” a la fe. Es necesario abrir caminos en esta pastoral.

Destinatarios:

- ☒ Los que no creen, los desorientados, que no tienen referencia alguna. La pastoral necesita que los no creyentes o desorientados tengan referencias. En otras épocas la referencia era lo institucional, hoy lo son, personas concretas, grupos...
- ☒ Los que buscan identidad personal y sentido a la existencia. Es un fruto de nuestra cultura antropocéntrica, en la que lo que importa es el sujeto. Hoy se abren muchos caminos. Por ejemplo, encontramos ofertas desde la psicología. Para la fe es más importante la búsqueda de sentido.
- ☒ Los que no tienen raíces cristianas. Todavía esta sociedad ha sido educada con raíces cristianas, a pesar de los profundos cambios experimentados en nuestra sociedad española. Pero las raíces existen y son el subsuelo para poder retomar la evangelización.
- ☒ Los que tienen sólo creencias sin relación con Dios. Una persona puede pasarse toda la vida estableciendo convicciones que son creencias y no haberse enterado de quién es Dios. En nuestra pastoral clerical han prevalecido las creencias, el adoctrinamiento, por lo que es normal que se haya producido una disociación entre creencia y fe.
- ☒ Los que consideran igual ser cristiano, budista o musulmán. Esto tiene enorme importancia, pues estamos en una sociedad plural donde no sólo aparecen otras tradiciones religiosas, sino que entre los mismos cristianos hay cada vez más confusión. ¿Qué es realmente la fe cristiana? Mucha gente no distingue.

- ☒ Los que están bloqueados por conflictos que atañen a lo religioso. Muchos no sólo porque sean anticlericales, sino que, cuando aparece el tema religioso, del inconsciente surgen problemas no resueltos.
- ☒ Los que están condicionados en sus procesos de madurez humana.
- ☒ Los que asisten a nuestros grupos de personalización, pero no conectan.

Podemos preguntarnos, ¿no hay “previos” antes de los previos? Seguramente sí. Pero esta pastoral está dirigida a los que andan en la “frontera” de la fe. El que está “dentro” pero tiene problemas, dificultades y podría pasar al otro lado.

O también para los que están en la “frontera”, pero desde “fuera”, por que buscan.

Podemos identificar una pastoral de los “previos” con una pastoral de los “buscadores”. Buscar es el primer requisito. Seguro que antes es necesario suscitar preguntas, experiencias, que impulsen esa búsqueda y que seguro hay que acompañar, pero esta pastoral va dirigida a buscadores.

Como nos dice el papa Francisco en Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 114: “La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio”.

Lola Ros de la Iglesia y Equipo del Taller de Personalización de la fe⁸⁵

85 Para cualquier información, ponerse en contacto con los miembros del Equipo, que actualmente lo componen:

María Pilar Mollat (Religiosa), María Ángeles Leal (Seglar), Manuel Vela (Seglar), Lola Ros (Seglar), Santiago Alonso (Sacerdote) y José Ignacio Blanco (Sacerdote).

EL INSTINTO TEOLÓGICO DE LA MÚSICA

“Detrás de cada nota, habita el infinito” (R. Muti)

Rev. Aragón. Teol. 39 (2014)

ANTONIO TORRES RAUSÁ

“La cuestión que planteamos en este artículo es si la Gran Música tiene un sentido trascendente, o, dicho de manera más radical, si fundamentalmente es instinto básico de Dios.

De ser así, toda la Gran Música sería música sacra, y lo que, a veces, se entiende por “música sacra”, cuando ésta no es Gran Música, sería música funcional.

No podemos preguntar a los grandes compositores qué han querido expresar en sus obras ya que, si la música es un lenguaje que sólo la música puede decir, está claro que ningún otro lenguaje nos puede decir lo que es la música. Por eso, nosotros entendemos la frase de Heidegger de que el lenguaje es la casa del Ser, en el sentido musical, es decir, el oído es la verdadera casa del Ser.

El filósofo Eugenio Trías (1), fallecido recientemente, hace realidad aquella frase de que el filósofo es un músico que piensa con las orejas. Efectivamente, existe un pensamiento acústico que es el único capaz de atravesar lo que Trías llama la razón fronteriza.

Ya Liszt se había preguntado si nuestra vida no era más que una serie de preludios de un canto desconocido cuya primera nota la entona la muerte. También Trías, desde un análisis de la historia de la música, se pregunta si de la misma manera que la vida preliminar del feto desagua en una vida al aire libre, tal vez esta vida aérea desemboque en una nueva vida, tal como preconiza Mahler en la Segunda sinfonía: “Todo lo que vive tiene que morir / pero todo lo que muere ha de resucitar”

Coincide el filósofo Trías con Liszt en las tres edades del hombre y que se corresponden a los tres misterios de gozo, de dolor y de gloria: La primera vida es la del infante en la cuna, prolongación del escena-

rio idílico y paradisiaco de la vida intrauterina. La segunda es la que describe como lucha por la existencia. La tercera es la que se inaugura con la muerte, es decir, la sepultura es cuna celeste, el final se une con el principio. Las tres edades están magníficamente evocadas en una pieza para piano (ó para coro mixto y órgano) “Canción Rosario” del propio Liszt “Mysteria gaudiosa, Mysteria dolorosa y Mysteria gloriosa”. Estas tres vidas, el Cristianismo las transfiere al Hijo de Dios, al Cristo: a) Mysteria gaudiosa, que celebran la anunciación y la concepción de Cristo. b) Mysteria dolorosa, la pasión y muerte de Cristo y c) Mysteria gloriosa, la resurrección y ascensión y el tiempo que aguarda la segunda venida.

Ya tenemos, pues, aquí, una segunda definición de músico: un teólogo que señala a Dios a través del sonido. ¿Quién ha descrito mejor que Palestrina las armonías celestes y los goces de los bienaventurados, ó quien ha narrado mejor que Haydn el Gran Relato de la Humanidad? ¿Qué psicólogo ha manejado mejor que Beethoven los sentimientos, pasiones y entresijos del corazón humano? ¿Qué predicador puede mover a la piedad tanto como las Pasiones de J.S. Bach?

Pilar Márquez (2) ve en la Novena de Beethoven, “una sinfonía de la historia del mundo y del hombre, que tiene a Dios por autor y Director, a Jesucristo como solista único y a la humanidad como coro y orquesta.

Parece, pues, que toda la Gran Música habla de Dios ó al menos contiene un instinto de Dios, una nostalgia de lo Absoluto. El mismísimo T. Adorno dice en “Fragmento sobre la música y el lenguaje” (3): “En contraposición con el lenguaje conceptuado es la música de otro tipo (que el lenguaje común). En este se halla su aspecto teológico. Lo que ella dice es, al parecer, a la vez determinado y oculto. Su idea es la del Nombre divino. Es plegaria desmitificada”.

Para el “impío” Nietzsche la música es “el teléfono del más allá”. El teólogo Karl Barth, según refiere el Dr. Raúl Gabás Pallás (4) decía que Mozart había manifestado a Dios mejor que ningún teólogo.

Misterios de Gozo.- La tónica.-

La música nace en la redondez del vientre materno, “fons et origo” de toda intersubjetividad. El homúnculo se encuentra totalmente

adaptado al medio salino, a través del cual se le transmiten toda clase de vibraciones, las consonantes de la voz materna y las disonantes de ruidos y sensaciones menos placenteras, que el feto procura evitar pero que, en todo caso, le sirven para irse adaptando a la dura vida extrauterina. Este feto-oreja dispone de un proto hogar donde es totalmente feliz al que, incluso después del nacimiento, evocará como un paraíso perdido a través de las canciones de cuna.

La música, cuya función principal es embellecer el tiempo, (como la pintura embellece el espacio,) nos narra siempre un viaje, una historia, que empieza en **la tónica**, el hogar de partida, de donde surgen toda clase de **variaciones, imitaciones**, algo parecido a como las cosas del mundo son imitaciones y variaciones, según Platón, del mundo de la **Idea**. (Para los no iniciados en música, diremos que la tónica es la nota que da la tonalidad a la obra. Se le llama también el grado I -I^o en números romanos - ya que es la primera nota de la escala que se utiliza, por donde normalmente empieza y acaba la composición. Pe. en la escala de DO, el primer grado sería el DO, el segundo sería el RE..el quinto sería el SOL. Al quinto grado se le llama también la dominante De nota a nota hay un grado) (pie de pag.)

La misma fuerza atractiva que tiene la Idea platónica, la ejerce la tónica sobre el conjunto de la composición musical. En la historia individual del hombre equivale a la fuerza que la cueva materna sigue ejerciendo en el desarrollo del niño e, incluso del adulto. Algún psicólogo ha dicho que todo amor humano no es más que una derivación del amor identificativo con la madre. Este paraíso perdido, del que ha sido expulsado el homúnculo, siempre entre lágrimas, es la constante referencia de todo el quehacer humano, que como en cualquier obra musical importante, termina en otra tónica que para los pitagóricos sería la primera, y para los que creemos en una historia lineal del mundo, sería el Paraíso, cuyo primer reflejo fué la vida preliminar.

El Gran Relato de la Humanidad ha sido expresado por el hombre a través de la Filosofía, la Religión y el Mito: común a todas ellas es la idea de Paraíso, caída, peregrinación y esperanza en volver a un Paraíso, después de una vida llena de dificultades y lucha contra el Diablo, del que, como el Fausto de Goethe, el hombre logra salvarse porque se ha esforzado.

La música, con su expresión simbólica abierta, es la más capacitada para convertirse en un lenguaje universal capaz de expresar esta historia universal, común en todas las culturas. En esta historia, tienen especial protagonismo, "la tónica", cuna y meta de toda la historia, y "la dominante", el elemento de dispersión, caída, que produce toda clase de tensiones y sufrimiento y que acaba descansando en la "tónica". El componente emocional de la vida está relacionado, a parte de la "dominante", con "el contrapunto" y las "disonancias", que como en la vida misma, son necesarias para disfrutar del descanso de la "consonancia". De la "tónica", (que en el mundo de Platón sería el mundo de las ideas) surgen todas las "variaciones" que permiten que la "tónica" no nos resulte aburrida y que, en el transcurso temporal, despliegue todas sus posibilidades como si se tratase de un brillante que el músico va tallando para obtener todos sus matices. La música tampoco ignora la existencia del Mal, que estaría en la mitad de la escala (de Do, el Fa sostenido), tal como los medievalistas descubrieron en el "triton", el "Diabulus in Música"

Misterios de dolor: La dominante con séptima

(La dominante es el V grado de la escala. P.e. Si la composición está en DO, sería el SOL. Si el SOL lo consideramos como primer grado, el VII grado de SOL sería FA. Por consiguiente, la dominante con séptima de la escala de Do sería SOL-Fa. La dominante con septima produce una gran tensión que se alivia con el regreso a la tónica. Para un montañero, la dominante es el "paso de Mahoma" antes de llegar al Aneto, que sería la "tónica".

Antes de proseguir en esta línea teológica de la música, o por mejor decir, en paralelo, ya que el mundo físico también es un reflejo de Dios, quiero explicar algunos conceptos de la física que se hallan plenamente recogidos por la música. Cosa que no nos debe extrañar, si como dice Cyril Scott (5) los músicos son "mediums" que anticipan el tipo de sociedad e incluso a la ciencia.

En efecto, el Cosmos se rige por dos grandes fuerzas físicas: a) La Ley centrípeta de la gravedad, que ejerce una fuerza de atracción y b) Las fuerzas electromagnéticas centrífugas, que ejercen una fuerza de dispersión. Esto se observa en el radiotelescopio Hubble con el corri-

miento al rojo de galaxias y quasars. Por cierto, que de la velocidad de dispersión de la materia, que cada vez se acelera más, ha permitido deducir a los físicos la antigüedad del mundo que, según la última medición efectuada por el telescopio espacial Planck de la Agencia Espacial Europea y dada a conocer el pasado mes de Marzo, asciende a 13.810 millones de años. (datos facilitados por el Dr. José Antonio Rojo)

Junto a estas dos fuerzas, existe en el cosmos una ley de necesidad, matemática y racional que incluso nos permite anticipar acontecimientos, conocida por nosotros desde Pitágoras al menos, y otra ley de ciega probabilidad, que ya el mismo Heráclito anticipó con aquella frase de “el mundo no es más que un puñado de desperdicios echados al azar”.

La música, la mejor representación de la realidad, como dijera entre otros, Schopenhauer, lleva en sus entrañas estas mismas leyes, como no podía ser de otra manera.

La “tónica”, representa la Ley atractiva de la Gravedad, de manera que cualquier nota que no gire en su contexto suena mal, como muy bien saben los músicos. “La dominante” ejerce una función semejante a las Fuerzas Electromagnéticas centrífugas o de dispersión pero que siempre desemboca en la “tónica”. A su vez, la “dominante” se puede convertir en una “segunda tónica”, creando un tono cercano (en la clave supone el cambio de una alteración), algo así, como si se iniciase un nuevo ciclo en la historia que representa. Hegel lo expresaba diciendo que el desarrollo de la historia se realizaba a través de una dialéctica de tesis-antítesis y síntesis que se convertía, a su vez, en la tesis de un nuevo ciclo, que sería el tono próximo musical.

Respecto a las Leyes matemáticas y de necesidad por las que se rige el Cosmos, en música nada más elocuente que las fugas de J.S. Bach, sobre todo las últimas, pero en general, podemos decir que toda la música anterior a Beethoven. Hasta entonces, los músicos son verdaderos sismógrafos de lo que ocurre en la realidad. La concepción del universo que predominaba en Bach es determinista y en el terreno filosófico, dogmática: una sola lógica, una sola geometría posible, una tonalidad, un solo Dios. La razón rige cualquier tipo de sentimentalismo y con esta actitud de orfebre humilde se presenta Bach ante el trono de Dios, poco antes de morir, con la “Kunst der Fugue”, del contrapunto XIX.

Beethoven sería el precursor de la concepción probabilística del Universo: voluntad libre y cambiante, tonalidad múltiple y a veces indeterminada, evasión de la unicidad y de cualquier determinismo. Estaría muy próximo a la concepción Schopenhauerana de la realidad como voluntad ciega siempre en desasosiego. En cada pentagrama, y aún dentro de un mismo compás, encontramos en cualquier sonata de Beethoven toda la riqueza de emociones, sentimientos y estados de ánimo que padece la humanidad entera. Beethoven es el gran "sympatizante" de la Humanidad.

Vistas las partituras de uno y otro, los dos grandes genios-sismógrafos del universo, incluso para el que no sabe leer música, se observa la música trabada, matemática del primero, frente a la más espontánea, libre del segundo.

Dicho todo esto, entramos en la segunda fase de nuestra historia, que es precisamente la que empieza cuando se crea el mundo, o cuando "cae" el bebé al mundo de la existencia, cuando empieza a contar su tiempo.

LA GRAN EXPLOSION.

Ya el Papa Pio XII, influido por Edmund Whittaker, aceptó que la teoría de la Gran Explosión era compatible con la teología. Las leyes naturales y, por tanto, la mente humana sólo podrá llegar hasta el tiempo de Planck inicial que es $T = 5,4 \times 10^{-44}$ (es decir, 44 ceros de un segundo). El $T=0$ es cuando se produce la Gran explosión, a donde no podremos llegar nunca ya que no existía ni espacio ni tiempo ni, por tanto, leyes físicas. Dice el astrofísico Sten Odenwald que existe un proceso de simplificación conforme nos acercamos al $T=0$.

Del mismo modo, la música se ha ido alejando de la simplicidad primera. No obstante, el cuarto de tono de la Indú ó el tercio de tono de la música egipcia antigua, al ser sustituido por el medio tono, en que se basa la música de la antigua Grecia y la occidental moderna, ha generado a pesar de su mayor complejidad, una sensibilidad menos sutil y espiritual en el hombre occidental. Podemos pensar en un futuro de la música, más en la línea de lo melódico y de una mayor simplicidad y acaso con instrumentos microtonales. Una música que sería menos relato y en la que sólo contaría cada presente.

En la música, el comienzo de cualquier composición está generalmente en "la tónica". A veces, como en el famoso estudio "el revolucionario" de Chopín, el comienzo está en una "dominante con séptima", con una especial significación de explosión o caída, tras caída que termina acabando, después de un largo sufrimiento, en la "tónica".

Detrás del T=0 está la nada o, tal vez, como dice el físico y teólogo John Polkinghorne (6) "el vacío cuántico (que) es un hervidero de actividad, repleto de fluctuaciones, de apariciones y desvanecimientos aleatorios..." suministrados por un continuo acto creador. Es curioso advertir que, como dijo nuestro profesor de Física, José Antonio Rojo, en la magistral inauguración del curso académico de la Universidad de la Experiencia en Zaragoza, ese estado de la materia, en la que ni siquiera los átomos están formados, duró 380.000 años, el doble del tiempo que nuestra especie, el "homo sapiens" lleva habitando en el planeta Tierra. Sorprende que, en lo esencial, estos hechos coinciden con los tres primeros versículos del Génesis: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía, y las tinieblas cubrían la haz del abismo. Dijo Dios <hágase la luz> y la luz se hizo.

También los inicios de las sinfonías de Bruckner, la Segunda de Mahler, Richard Strauss en "Así habló Zaratustra" y "Muerte y transfiguración", la Novena de Beethoven ó Ligeti en "Lux aeterna", por citar a algunos, recrean los célebres inicios de sus sinfonías con un tremolando u ostinato pianísimo que parece evocar ese hervidero inicial del universo del que habla Polkinghorne. También para los vedas en el principio existe un vacío absoluto en el que se produjo una vibración, el Sonido Sagrado, y apareció el mundo cuyo objetivo final es alcanzar de nuevo la nada suprema que nos liberará de todo sufrimiento. Las últimas teorías científicas de "las cuerdas y supercuerdas" parecen confirmar la teoría de la vibración.

En cuanto al relato del Génesis(gén1,1-3): "En el principio dijo Dios:Haya luz,hubo luz", como relámpago que ilumina las tinieblas ó la nada. ¿Qué mejor descripción que el motivo inicial de la "Tocata y Fuga en Re Mayor" de J.S. Bach o los grandes compositores antes mencionados?

Como dice Juan David García Bacca (7) hablando de Mahler y Beethoven como sismógrafos de La Gran explosión, " El inicio es Caos

que progresa en sonoro (f f) a sonorísimo (f f f), trémolo de cuerdas en que irrumpen salvajemente en f f f violoncelos y contrabajos con motivos, mas bien que frases, entrecortadas, momentáneamente suspendidas (notas semicorcheas entre silencios), para acelerar con frases en que culminan esos saltos, estas frases, de menos de un compas, entrecortadas por silencios antecedentes inmediatos y secuentes inmediatos, siempre sobre el fondo tremulante, trémulo, son chispas radioactivas sonoras que delatan musicalmente la irrupción del fondo de un universo regido por emisiones radioactivas de sus elementos mejor estructurados atómicamente- uranio y radio- de los cuales son "mediums" físico-matemáticos con sus instrumentos, poetas como Mallarmé y músicos como Beethoven y Mahler."

Lo que se echó a voleo, al azar, (Heráclito), vuelve finalmente al dominio de la "tónica", se convierte en Kosmos, orden y belleza. Los músicos hacen de altavoz de lo más profundo del Universo y de sí mismos en cuanto parte del mismo.

La Gran Explosión ¿fue luz cegadora o Sonido Sagrado en forma de Big-Bang?

La Creación, decía Leibnitz, sólo puede tener lugar, verificarse "per modum fulgurationis": a manera de relámpago-rayo. Instantáneamente, como golpe de luz. (Inicio tocata en Re M de Bach)

La Creación por Big.Bang ha de verificarse por modo de trueno, de estampido, de explosión, precedida de una temblequera del Caos, según las vibraciones de cuerdas que presentan Beethoven y Mahler al comienzo de la Novena o la Segunda sinfonía, ó con gran precisión, Richard Strauss en el comienzo de "Así habló Zaratustra", donde después de seis compases de 4/4, de profunda vibración, parece que Dios ensaya las medidas exactas del Universo en los intervalos fundamentales de octava, quinta y cuarta (descubiertos por Pitágoras en las fracciones 1:1, 2:1, 3:2 y 4:3) y que preceden a la Gran Explosión del acorde de Do Mayor, rematado con poderosos timbales que marcan un intervalo de cuarta.

La velocidad de un fotón no puede pasar de 300.000 Km./segundo. Luego la creación "per modum fulgurationis" tiene que ser a modo de golpe de luz, instantánea, como un superrelámpago.

Por el contrario, la velocidad del sonido es de 300 m/segundo. Superar esa velocidad produce un estampido, un Gran Trueno, semejante al Big-Bang que describen los físicos. En cualquier caso, hoy sabemos que luz y sonido tienen la misma naturaleza y que podemos hablar, con toda propiedad del color de los sonidos y del color orquestal.

A partir del tiempo de Planck, el Cosmos inicia un largo camino que la música refleja de un modo sorprendente. Si damos por buena la fecha del origen en 13.810 millones de años y que el nacimiento de la vida fué alrededor de hace 3.700 millones de años y que el ser humano está en el mundo desde hace solamente 190.000 años, y si traducimos este tiempo a una semana, el sol habría aparecido el Viernes y el hombre en los últimos nueve segundos del último día o Domingo. Aunque cueste creerlo, sólo desde hace unos segundos, el mundo tiene conciencia de sí mismo, la materia deja de ser incolora, inodora, insípida y el desplazamiento incesante y sin sentido de un lugar para otro de la materia tiene algún objetivo. Tenía razón el filósofo irlandés George Berkeley cuando afirmó que “si cae un árbol en el bosque y no hay nadie para oírlo, el árbol se desploma en el más absoluto silencio” Sin el hombre, que acaba de aparecer en el escenario del Cosmos, el mundo físico es una “x” sin sentido.

El sonido es una imagen mental creada por el cerebro en respuesta a las moléculas de aire que vibran. Aparece el hombre en la tierra y aparece el sonido, la música y el “logos”. Digamos que “el puñado de desperdicios echados al azar” de Heráclito se vuelve bello. Cien mil millones de células que constituyen nuestro cerebro tienen la culpa. Pero, si el cerebro o la mente humana es un océano, la inteligencia ó lo consciente, sólo es una pequeña barquilla.

Schopenhauer (8) coincide con Kant en que toda representación del mundo es mi representación; es decir, hay un lado real de las cosas que siempre se nos escapa o que no lo podemos conocer. Lo que Kant niega al entendimiento, ya Berkeley, como hemos visto, y Locke se lo había negado a los sentidos.

Pero Schopenhauer no se resiste a que las cosas no puedan ser conocidas “en si mismas”. “No puedo admitir que ni aún esos cuerpos inertes existan sólo en mi representación, sino que hay que concederles algún tipo de ser en sí, puesto que poseen propiedades insondables..”(Tomo II,

libro II, cap. 18, 218) “Nunca se podrá ir más allá de la representación, es decir, del fenómeno; y así nos quedaremos siempre en el lado externo de las cosas....Hasta aquí estoy de acuerdo con Kant. Pero, como contrapeso de esa verdad, he llamado la atención sobre aquella otra según la cual nos sólo somos sujeto cognoscente, sino que también nosotros mismos, formamos parte de los seres a conocer, somos la cosa en sí: y, por lo tanto, para acceder a aquella esencia propia e íntima de las cosas en la que no podemos penetrar desde fuera, se nos abre un camino desde dentro, algo así como una vía subterránea, una conexión secreta, como a traición, nos introduce en la fortaleza que desde fuera era imposible tomar al asalto. La cosa en sí, en cuanto tal, sólo puede presentarse de manera inmediata a la conciencia haciéndose ella misma consciente de sí.. esto ocurre en el conocimiento que cada uno tiene de su propio querer: éste no es una intuición (pues toda intuición es espacial), ni tampoco es vacío; antes bien, es más real que cualquier otro. Tampoco es apriori como el conocimiento puramente formal, sino totalmente a posteriori; por eso en algunos casos no podemos anticiparlo y con frecuencia nos equivocamos acerca de nosotros mismos.”..(219) “Tampoco la percepción interna que tenemos de nuestra voluntad ofrece en modo alguno un conocimiento exhaustivo y adecuado de la cosa en sí... ese yo no es totalmente íntimo, no es transparente sino opaco, y de ahí que siga siendo un enigma en sí mismo... (aquí Schopenhauer se muestra como el precursor del psicoanálisis y de la psicología moderna)..” cada uno conoce su voluntad exclusivamente en sus sucesivos actos individuales pero no en su totalidad (221) (en otros sitios, habla de la voluntad solapada) “En este sentido mantengo yo la teoría de que la esencia íntima de las cosas es voluntad y llamo a la voluntad la cosa en sí” (221)

Con estos maravillosos textos del gran filósofo de la modernidad, que el mismísimo Beethoven, primer psicoanalista de la historia, reafirmó con su música, pone las premisas para lo que en el Tomo I, Libro tercero capit. 52, dirá de la música como mejor representación de la voluntad.

“Así pues, la música no es en modo alguno como las demás artes, la copia de las ideas sino la copia de la voluntad misma cuya objetividad son también las ideas: por eso el efecto de la música es mucho más poderoso y penetrante que el de las demás artes: pues ellas sólo hablan de la sombra, ella del ser” (304)

Continúa Schopenhauer diciendo cosas sorprendentes sobre la armonía: “Así pues, el bajo fundamental es a la armonía lo que al mundo la naturaleza inorgánica, la masa bruta en la que todo descansa y de la que todo surge y se desarrolla”, como en la historia del Kosmos, los movimientos son muy lentos. (Esto lo sabe muy bien el organista: los golpes de pedal son espaciados o lentos pero, en el fondo, dirigen la improvisación melódica. Podría compararse al inconsciente o una voluntad solapada que es la que dirige, en el fondo, nuestros pasos).

“Además, en las voces de relleno que producen la armonía, entre el bajo y la voz cantante que lleva la melodía...representan el mundo de las plantas y los animales...Las desviaciones de la corrección aritmética de los intervalos...incluso las notas disonantes...pueden compararse a los monstruos engendrados entre dos especies de animales o entre hombre y animal “(305) Aquí el movimiento es algo más rápido, como ha ocurrido en la historia del Kosmos respecto a la historia de la vida.

“Por último, en la melodía, en la voz cantante que dirige el conjunto y, avanzando libremente de principio a fin...reconozco el grado superior de objetivación de la voluntad, la vida reflexiva y el afán del hombre...sólo la melodía tiene una conexión significativa e intencional de principio a fin. Ella narra, en consecuencia, la historia de la voluntad iluminada por el conocimiento....pero dice más, cuenta su historia más secreta, pinta cada impulso, cada aspiración, cada movimiento de la voluntad....Por eso se ha dicho siempre que la música es el lenguaje del sentimiento y la pasión, como las palabras son el lenguaje de la razón” (306) La voluntad es superior al entendimiento: “La esencia del hombre consiste en que su voluntad aspira a algo, queda satisfecha y vuelve de nuevo a ambicionar....La esencia de la melodía es una continua desviación y apartamiento de la tónica a través de mil caminos, no sólo a los niveles armónicos de la “tercera” y la “dominante” sino a cualquier nota: a la dominante con séptima, a los intervalos aumentados, pero siempre termina en un retorno al bajo fundamental: por todos esos caminos expresa la melodía el multiforme afán de la voluntad, pero también expresa su satisfacción (siempre momentánea) mediante la recuperación final de un intervalo armónico y, en mayor medida, de la tónica.

Termina el Libro Tercero, reconociendo Schopenhauer que si bien la música es el arte más privilegiado ya que sólo ella “ofrece los uni-

versalia ante rem”, en realidad es un caramelo envenenado ya que “tal conocimiento no se convierte para él en un aquietador de la voluntad, como en el libro siguiente veremos que ocurre con el santo que ha llegado a la resignación; no le redime de la vida para siempre sino sólo por un instante”(316)

Resumiendo a Schopenhauer:

1.- El hombre puede conocer el “ser en sí mismo” a través del pasillo secreto del conocimiento de su propia voluntad.

2.- No es un conocimiento transparente y claro, ya que la voluntad es un “bichito” que se mueve constantemente.

3.- Sólo la música capta directamente, sin intermediarios, esa voluntad.

4.- Esa voluntad está siempre insatisfecha, sólo logra satisfacciones parciales.

Como se habrá observado, Schopenhauer, el filósofo del pesimismo, de las tres edades del Hombre, se queda en los misterios de dolor, en la “dominante con septima”, aunque reconozca algún descansillo, siempre provisional, en la “tónica”.

Misterios de Gloria: EL “tema” en la plenitud de su desarrollo y la “tónica final.”

Tenía razón Hannah Arendt en su crítica a Heidegger, obsesionado éste por concebir el “ser en el mundo” como “ser para la muerte”. No tuvo en cuenta lo que antecede a ese “ser” o “estar en el mundo” y que es previo al mundo que recordamos, como el HABLA es previo a cualquier palabra. En palabras de Crátilo: “toda habla humana es la emanación inmediata del “logos” divino.

En el Jardín del Edén, como dice Gerald Manley Hopkins,(9) el Habla había penetrado perfectamente en Adán, de modo que podía definir unívocamente el “ser” o llamar a cada cosa por su nombre. Después de la Caída y de Babel, el lenguaje se vuelve oscuro, ambiguo y polisémico. Con todo, sigue siendo el lugar privilegiado o la morada donde habita el ser, “el lenguaje es la casa del ser”, como dice Heide-

gger. El deber propio del hombre es ser guardián de esa “residencia”, de esa morada. Es en el “logos” y a través de él, como el ser viene al encuentro del hombre, pero en un desvelamiento cuya inmediatez luminosa hace que, al mismo tiempo, lo esconda. El hombre se limita a abrirse a La Palabra, es guardián del “logos” **a la escucha**. Su deber y su nobleza suprema consisten en abrirse, enteramente vulnerable y limitadamente, a la “Aukunft”, por utilizar el término de Heidegger, a la resplandeciente y al mismo tiempo cerrada llegada del lenguaje.

Pero el hombre tiene un instrumento, especie de altavoz, que potencia, une y abre el significado de las palabras: La música.

Sólo en la música las cualidades estéticas no están aprisionadas por las cosas: las percepciones que percibimos son abiertas, captamos el color de la rosa sin ver la rosa, captamos lo Absoluto sin ponerle definición. Como dice muy acertadamente D. José Vicente González Valle, (10) “la música es un lenguaje universal que toca el arpa de nuestra alma un bello juego de sentimientos, como un lenguaje que va más allá de lo hablado y que ningún concepto puede explicitar completamente” Ciertas palabras, estimuladas por ciertas melodías, como ocurre p.e. en el cine, sobrevuelan espacios infinitos y llenan completamente nuestro yo. O como dice Riccardo Muti: “detrás de cada nota habita lo infinito y nosotros somos demasiado pequeños para observarlo” (En el arte de dirigir)

Es cierto que sólo la fe nos da la seguridad en una “vida post mortem”, pero la música nos la insinúa. La Gran Música, la verdadera música sacra, nos permite “recordar”, avivar la memoria reminiscente de nosotros mismos: que nuestro “ser” es anterior a nuestro nacimiento, a nuestro “ex-sistir”. El error de nuestro mundo moderno es haber limitado nuestra mente (100.000 millones de células), que es un océano, al barquito que navega por él, que es el consciente, la inteligencia. (Metáfora del Dr. Rojo). Cada movimiento de ese mar supone 16 millones de impulsos cada segundo, y un pensamiento sólo supone 16 impulsos cada segundo. Buscamos la llave de nuestra felicidad, que hemos perdido en la travesía, en el escaso espacio que puede iluminar nuestra razón, e incluso nuestra soberbia nos induce a pensar que el océano termina allí donde llega la luz de nuestro barquito.

Con Schopenhauer y la música ampliamos el horizonte de la mar-océana y nos permite sumergirnos en las profundas aguas que están más allá del consciente. En definitiva, la música penetra todo nuestro mundo psíquico y aún físico, dada la gran cantidad de estructuras cerebrales que mueve (lóbulo temporal, frontal, hipocampo, cerebelo, etc), se adentra en todo nuestro mundo inconsciente y subconsciente en donde, por otra parte, nace “su canción”; en definitiva, la música es el lenguaje de la totalidad del hombre y pasillo que nos permite conocer el Ser, la Voluntad, cualquiera que sea su definición.

La vida gozosa de nuestro origen y primera infancia, “tema” y “tónica” original de nuestra complicada vida en el mundo- “Dominante con septima”- nos permite creer razonablemente, o como decía Jorge Trías, “por extrapolación razonable, que nuestra muerte es la cuna de una vida futura. George Steiner(12) decía que no se podía “entender” la Gran Música sin un sentido de trascendencia, pero yo más bien creo que es el instinto teológico que hay en la música lo que nos sugiere y hace desear esa trascendencia.

La vida del hombre está sometida al tirón del futuro y al empujón del pasado. El empujón del pasado tiene nombre de mujer, es matricial y nos da la “tónica” y tonalidad de nuestra vida. Ningún canto de sirena nos debe aturdir y dejar de oír nuestra propia canción, inscrita en la arqueología de nuestro yo más profundo. El faro que preside nuestra difícil travesía de la vida es matricial y nos alumbra el puerto final, donde se descargan todos los momentos de nuestra vida. Lo mismo que en cualquier composición musical. Sólo podemos escuchar la canción, nota a nota, compás a compas, estrofa a estrofa. Sólo en presente. En la música se resuelve la famosa aporía de San Agustín: “Es el presente, el ahora, la única realidad del tiempo entre el no-más y el todavía-no, una mera frontera entre pasado y futuro, una nada: un momento que desaparece en cuanto se origina”

En la música, cada presente contiene pasado y futuro. (También el pasado tiene algo de futuro y el futuro algo de presente y pasado) Sólo así se puede entender, por más que el compositor nos quiera seducir con inicios dudosos de tonalidad o con cadencias rotas y sorpresivas. Cada presente musical es un presente ampliado, con reminiscencias de pasado y protensiones de futuro, como dice Husserl,(11) un presente “sin roturas”. Las repeticiones de una misma obra, no se nos hacen

aburridas porque las “retenciones” y las “protensiones” que el cerebro humano realiza en cada instante de la obra son cambiantes. Cuando llega el “ahora” final de la obra, cuando todos los ahoras están ya en el cerebro, es decir, cuando el presente contiene en plenitud las tres dimensiones objetivas del tiempo, se produce la eternidad; es el momento en que, como sucede en la película “El último concierto”, el cuarteto acaba de levantar el arco sobre las cuerdas de los violines, viola y violoncelo y la sala se levanta por el éxtasis del último acorde. La música en ese momento, hace presente la eternidad, es decir, se vive toda la obra en un instante, algo así como ese túnel de luz en el que, según dicen, ven pasar los moribundos toda su vida en un instante que, por su intensidad, es la entrada en la eternidad.

Antonio Torres Rausa

I-II-2013

- (1) “La Imaginación Sonora”. Edit. Galaxia-Gútemberg, Barcelona, 2010.
- (2) “Dios es música” Edit. PPC, Madrid, 2009
- (3) Theodor W. Adorno “Sobre la Música”, Edit. Paidós, Barcelona, 1953.
- (4) “Escatología protestante en la actualidad”, Edit. Eset, Vitoria, 1964.
- (5) “La musique”, Edit. La Baconniere, Neuchatel, 1960.
- (6) “Dios y las cosmologías modernas”. Francisco José Soler Gil. Edit. La BAC. Madrid, 2005.
- (7) “Filosofía de la música”. Edit. Antropos, Barcelona, 1990
- (8) “El mundo como voluntad y representación”. Edit. Trotta, Madrid, 2004.
- (9-12) “Los Logógratas” por George Steiner. Edit. Siruela, Barcelona, 2011.
- (10) “Anuario Musical “. Edit CSIC nº 62, Barcelona, 2007
- (11) “Estética de la música” por Carl Dahlhaus. Capit. “De la Fenomenología de la música”. Edit Reichenberger, Berlín, 1996

